

Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

98

NO PARKING

La gran jugada

Brigitte viaja a Colombia, encargada de dirigir la parte norteamericana de un canje entre un agente de la CIA y uno de la MVD rusa. Pero los problemas extraños parece que siempre persiguen a la agente Baby y el sencillo canje se complica.



Lou Carrigan

La gran jugada

Brigitte en acción - 098

ePub r1.0
Titivillus 21.04.2019

Lou Carrigan, 1969
Diseño de portada: Benicio
Diseño portadilla VI Aniversario: Skynet

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





VI
A
I
V
R
A
I
O
N
E
S
R

Brigitte
EN ACCION



Capítulo primero

—¡Yo pago el champaña!

—¡Y yo pago el *whisky*!

—¡Yo pago todo el vodka que podamos beber!

—¡Y yo pago…, yo lo pago todo! ¡Yo pago todo lo demás!

Todos querían pagar algo. Lo que fuese. Es más que posible que incluso se hubiesen comprometido a adquirir un mamut para hacerlo al horno con especias de la India si ella hubiese aceptado.

Pero Brigitte Montfort, realmente, se sentía un tanto fatigada. Sólo un poco. Desde luego, mucho menos de lo que pensaban sus colegas de diversos periódicos estadounidenses, que jamás podrían adivinar la energía asombrosa que se encerraba en aquel cuerpo fino, esbelto, elegante, dorado por el sol. Para ellos, Brigitte Montfort era la más fantástica, estupenda, maravillosa colega con quien jamás habían tenido la suerte de departir… Pero, a fin de cuentas, una mujer. Es decir, una dulce muchachita que tras toda una noche de diversión tenía forzosamente que estar fatigada. Quizá por eso comprendieron muy bien las palabras de la divina espía universal.

—Muchachos, muchachos —alzó ella los bracitos, que parecían rayos de sol y seda—, ustedes quieren matarme… Son más de las dos de la madrugada. Comprendan que esto ya ha sido demasiado para mí… Les agradezco mucho su simpatía, pero… quisiera dormir.

Hubo un suspiro colectivo de desilusión.

—¡Pero si sólo son las dos de la madrugada! —protestó uno de los periodistas.

—La noche es joven —aseguró otro, con gran convicción.

Brigitte dirigió una mirada de reojo a las otras chicas periodistas de la reunión. Todas ellas eran ciertamente muy bonitas, simpáticas, inteligentes… ¿Por qué siempre los hombres tenían que

asediarla a ella? ¿Qué tenía ella que no tuviesen las otras chicas?

—Van a tener que disculparme —sonrió—, pero he bebido todo lo que podía beber, he comido todo lo que podía comer, y ya no podría bailar ni cinco segundos más. Ustedes quieren matarme, de veras.

—¡La conferencia de mañana no es hasta las once! —Todavía protestó otro.

—Pues si quieren verme viva a esa hora, tendrán que dejar que me retire a descansar. ¿Alguien quiere verme muerta, acaso?

Un «NOOO» rotundo, alargado, acogió las palabras de la más que superespía internacional. Y luego siguió un murmullo de desencanto cuando ella, moviendo graciosamente su chal sobre los maravillosos hombros, entró en su hotel de Miami Beach, naturalmente uno de los más lujosos de Collins Avenue. Una vez en la entrada, Brigitte se volvió, agitó los deditos de una mano y, finalmente, con el descontento general, desapareció, dejando en los jardines del hotel a la desilusionada tropa de colegas, que, como ella, habían acudido a Miami en busca de ciertas últimas noticias de interés internacional.

Suspirando con evidente alivio, Brigitte llegó al mostrador de la conserjería y pidió la llave de su *suite*. El conserje de noche se apresuró a entregársela, pero, al mismo tiempo, le entregó una hoja de papel.

—Tomamos nota de un mensaje para usted, señorita Montfort. Parecía muy urgente. Su tío Charlie estaba poco menos que desesperado por no haberla localizado en el hotel.

—¿Tío Charlie? —musitó ella—. Ah, sí, tenía… algo que decirme, es cierto. Veamos…

Desdobló la hoja de papel, que llevaba el membrete del hotel. Estaba bien claro que el conserje de turno había anotado el mensaje de Charles Alan Pitzer, su jefe directo en el Sector de la CIA en Nueva York.

El mensaje, escrito muy claramente en mayúsculas por el conserje que lo había recibido, decía:

> *«CADENCIA SUR 78-22-39-18 COMPRAVENTA DE COCOS 898-18-77.*
>
> *Tío Charlie».*

Brigitte alzó su azul mirada hacia el conserje, y, ciertamente, captó la perplejidad del hombre. Debía haber echado un curioso vistazo al mensaje…, lo cual era lo mismo que si no hubiese mirado absolutamente nada.

—Espero… que mi compañero no haya tomado mal el mensaje, señorita Montfort.

—No, no… Está perfecto. ¿A qué hora llegó?

—Hacia las once de la noche.

—Solamente hace tres horas. Bien… Por favor, prepare mi cuenta y envíeme un botones a recoger mi equipaje. Estaré lista en menos de cinco minutos. Ah, pídame también un taxi, si es tan amable.

—Sí… Desde luego. A sus órdenes, señorita Montfort.

La hermosísima espía se alejó un par de pasos, pero regresó rápidamente ante el mostrador, sonriendo al muy intrigado conserje.

—Hay un favor que quisiera pedirle —musitó—. Como habrá usted notado, el mensaje está en clave…

—Sí… Bueno, antes lo miré porque no sabía…

—No importa. Es de mi tío Charlie, que me avisa que hay una interesantísima noticia periodística en otro lugar. Tío Charlie siempre me ayuda mucho en mi trabajo… Este es el favor que quiero pedirle: cuando mañana vengan mis amigos a buscarme, usted no les dirá nada de este mensaje. Solamente que tuve que salir… y que no sabe hacia dónde he ido.

Esto era seguro, porque el conserje no tenía la menor idea.

—Cuente con mi discreción, señorita Montfort.

—Agradecida. Por favor, no lo olvide… No quisiera que me robasen la noticia.

—Sí, sí… Entiendo…

No entendía nada de nada, ciertamente. Pero sí entendía de billetes, y el de cien dólares que la espía deslizó hacia él no tenía el menor aspecto de ser falso. Silencio asegurado.

Eran casi las tres de la madrugada cuando el taxi se detenía en el *parking* elevado del Miami International Airport. El taxista sacó el par de grandes maletas de Brigitte mientras ésta, ya con un billete entre los dedos, encendía un cigarrillo. Cigarrillo que, apenas encendido, tiró al suelo y lo aplastó primero con un piececito y

luego con el otro.

—¿Le llevo las maletas? —se ofreció amablemente el taxista.

—No, gracias… Creo que un amigo me está esperando. Tenga. No, no… No quiero el cambio.

—Muchas gracias. ¿De verdad no me necesita?

—De verdad. Puede regresar.

—Bien… Feliz viaje.

El taxista regresó ante el volante. Y estaba saliendo del *parking* cuando se preguntó cuál podría ser el viaje de aquella bellísima jovencita, pues no había ninguno a aquella hora. Quizá, se iba a hospedar en el hotel del aeropuerto, para tomar el primer vuelo de la mañana. Sí… Eso debía ser…

Pues no. No era eso. Mientras él se alejaba con su *Yellow*, un hombre de mediana estatura, fornido, de hombros anchísimos, apareció de entre un grupo de autos estacionados, acercándose a Brigitte. Se detuvo por fin ante ella y sonrió amistosamente.

—Hola, encanto —saludó.

—Hola, simpático —sonrió ella.

—¿Le gustaría que mi nombre fuese Simón?

—Me encantaría —rió ella—. Tengo muchos amigos que se llaman Simón.

—Pues ya tiene uno más. ¿Está lista para el vuelo?

—Desde luego. Lamento haberle hecho esperar estas cuatro horas, Simón, pero no sabía nada.

—Lo comprendo. En la CIA se trabaja así, a veces. Llevaré sus maletas.

—Gracias.

Salieron del *parking*. Poco después, caminaban por las pistas de personal, hacia las de vuelos privados. Una vez allí, el hombre fornido y simpático señaló con la barbilla una avioneta deportiva, de magnífico aspecto, y ambos dirigieron sus pasos hacia allá.

—Nada menos que vengo de la Central. Me dijeron que tomase el mejor aparato, pues tenía que llevar ni más ni menos que a nuestra reina.

—Es usted muy amable —rió ella—. ¿Acaso vio a míster Cavanagh?

—Estaba muy preocupado porque el jefe de Nueva York no la

había localizado a usted. Me dijo que tenga cuidado y que la espera en su despacho dentro de setenta horas para tomar champaña con guindas.

—Delicioso. Supongo que tenemos una buena radio a bordo, Simón.

—Inevitable, mascota de la CIA.

Brigitte volvió a reír.

—Avisaremos a la Central de que estoy en plena marcha hacia Cadencia Sur. ¿Sabe qué está ocurriendo allá, Simón?

—Ni idea. Lo único que sé es que tengo que llevarla a Colombia. Concretamente a Buenaventura, en la costa del Pacífico. Hay allá un aeropuerto aceptable, donde, según noticias, nos están esperando… Es decir, la esperan a usted. Es todo lo que sé.

—Pues lleguemos pronto a Buenaventura, y así sabremos lo que tengo que hacer en Colombia.

Subieron a la avioneta. Simón dejó las maletas atrás y señaló sonriendo el maletín rojo con florecillas azules que había en el segundo asiento.

—El jefe de la Sección Nueva York envió esto en vuelo privado a la Central. Salí media hora más tarde por esperarlo. Es un simpático maletín.

—Y muy útil para una mujer, Simón. Las mujeres, usted ya sabe, tenemos la obligación ineludible de estar siempre hermosas.

—No creo que a usted le cueste mucho trabajo eso, Baby.

Un minuto más tarde, el avión despegaba del Miami International Airport.

Y hacia las doce del mediodía tomaba tierra en el aeropuerto de Buenaventura, ciudad costera de Colombia, en el océano Pacífico, y puerto más importante de este mar del país colombiano. Un vuelo pesado, aburrido…, en cierto modo. Por su parte, el hombre llamado inevitablemente Simón jamás lo había pasado tan bien en un vuelo de ocho horas. Todavía sonreía cuando se detuvieron los motores.

—¿Qué tal si en otra ocasión usted y yo nos dedicamos a dar la vuelta al mundo, Baby?

—¿Para qué?

—Para estar más tiempo con usted. Demonios, me gustaría quedarme en Buenaventura.

—¿No puede hacerlo?

—Debo regresar. Pero, si no me equivoco, allá vienen los afortunados que sí estarán con usted en este asunto, sea el que sea.

Señaló a dos hombres que se acercaban por la pista. Ambos altos, atléticos, fuertes, de mirada aguda. El magnífico sol ecuatorial resplandecía en el cielo, lanzando rayos ardientes. Cuando Brigitte hubo saltado del avión, los dos hombres ya estaban junto a éste, mirándola con suma atención y con no poca curiosidad, expectantes.

—No se lo creerá —dijo uno de ellos—, pero tanto mi compañero como yo nos llamamos Simón.

—Lo creo. Yo soy una nenita que se lo cree todo.

—¡*Okay*! —rió uno de ellos—. Todo perfecto [1].

—Lo que son las cosas —dijo el piloto—. ¡Yo también me llamo Simón!

Se echaron a reír los cuatro. Los dos que habían estado esperando en el aeropuerto estrecharon la mano del piloto, mientras éste mostraba una expresión compungida.

—Tengo que procurarme combustible y regresar —señaló a la divina espía—. Trátenla bien, muchachos. Y si ustedes tienen sentido del humor, prepárense a divertirse. Adiós, mascota.

—Adiós, Simón, querido —ella lo besó en ambas mejillas, risueña—. Y gracias por el viaje.

Despedida general. Poco después, Baby estaba en un auto enorme, de color granate, saliendo del aeropuerto, sentada en la parte de atrás con uno de sus compañeros de la CIA, mientras el otro conducía. Brigitte aceptó un cigarrillo, que agradeció con una sonrisa capaz de calmar a un tigre rabioso.

—¿De qué se trata? El mensaje en clave que recibí en Miami no era muy explícito. Solamente contenía indicaciones para salir hacia aquí en el acto, sin pretextos de ninguna clase.

—Es un canje —dijo el hombre que iba junto a ella.

—¿De veras? —Parpadeó Brigitte—. Bueno, no puedo decir que el trabajo me desagrade. Será magnífico recuperar a uno de los nuestros, aunque sea a cambio de entregar un agente enemigo… o ajeno, para ser más exactos. Claro, debe ser amigo…

—Es ruso. Su nombre es Igor Stravensko. El nuestro se llama James Morris. Fue detenido por agentes de la MVD en Perú hace

dos días tan sólo.

—¿Y ya quieren canjearlo? —se asombró Brigitte—. ¿Tan pronto? No creo que en dos días los rusos hayan podido sacarle muchas cosas a nuestro compañero James Morris.

—Eso suponemos. Pero tampoco el ruso llamado Igor Stravensko ha sido demasiado explícito. En definitiva, los rusos están de acuerdo en el canje. Ellos nos entregan a James Morris, cazado por ellos en Perú, y nosotros les devolvemos a Igor Stravensko, cazado por compañeros nuestros en Panamá.

Brigitte permaneció pensativa; unos segundos, fumando, antes de musitar:

—Muy importante debe ser ese Stravensko, cuando la MVD se ha apresurado a solicitar el canje.

—Eso pensamos. Pero James Morris también es importante para la CIA Por tanto, hemos aceptado inmediatamente el canje. Parece que ambas partes tienen esperanzas de salir beneficiadas con el cambio. Por tanto, haremos el canje, y todos contentos.

—Bueno… No veo la dificultad en esa clase de trabajos, Simón. ¿Cuál va a ser mi trabajo?

—Inevitablemente, Igor Stravensko tendrá que estar con nosotros un día o dos antes de ser canjeado por nuestro compañero. Durante esas veinticuatro o cuarenta y ocho horas, se espera que usted sea capaz de… interrogar hábilmente al ruso, para sonsacarle algunas cosas antes de ser devuelto. Parece que la CIA confía más en sus métodos de persuasión que en los nuestros.

—Sí, entiendo… Confían en mi dulzura —sonrió fríamente—. Procuraré ser muy amable con Igor Stravensko. ¿Vamos a verlo ahora?

—No. Aún está en Panamá, detenido por algunos de los nuestros. Llegará aquí hacia la medianoche, acompañado por uno de nuestros mejores agentes en Panamá, que está utilizando el nombre de Travis. Travis llegará desde Panamá en un helicóptero, con Stravensko. Nos haremos cargo del ruso, y lo canjearemos cuando llegue el momento por nuestro compañero James Morris.

—¿Cuándo y dónde será eso?

—Será en el mar. Pero no sabemos el momento exacto. Tenemos conexión por radio con los rusos, en una frecuencia intermedia que se determinó en los primeros contactos. Casi resulta divertido

hablar con ellos como si fuesen amables amigos con los cuales vamos a cambiar mercancías.

—Mercancías humanas —musitó Brigitte—. Ojalá todas las cuestiones del espionaje se resolvieran así, Simón. Los canjes no son tan frecuentes como sería de mi agrado. Generalmente, cuando un espía es apresado por el bando contrario, desaparece... Sí, desaparece.

—Supongo que usted está tratando de decir que nos dedicamos a asesinarnos unos a otros.

—Exactamente eso quería decir. Afortunadamente, esta vez vamos a ser civilizados, tanto los rusos como nosotros. Bien venida sea esta faceta del espionaje internacional. ¿Adónde vamos ahora?

—Tenemos un viejo pesquero en el puerto de Buenaventura. Un alojamiento indigno de usted, Baby, pero tendrá que resignarse.

—Me he resignado a cosas mucho peores. ¿Sabe, Simón?: estoy muy contenta. Para mí es maravilloso poder recuperar a uno de nuestros muchachos...

—Eso deben pensar también los rusos.

—Así lo espero. No hay nada mejor que tener la seguridad de que todos nos sentimos contentos y felices. ¿Cuándo llegará Travis de Panamá? Oh, sí, hacia la medianoche... ¿Qué haremos hasta entonces?

—Usted puede dedicarse a dormir, a descansar. Volveremos al aeropuerto a las once, para estar aquí cuando llegue Travis con Igor Stravensko. Entonces, iremos todos al pesquero, y allá esperaremos el contacto radial con los rusos para ponernos de acuerdo respecto al momento y el lugar exacto del canje.

—De acuerdo. La verdad es que tengo sueño. ¿Sabe otra cosa que me tiene contenta, Simón?

—¿Qué cosa?

—Pues que una vez hayamos canjeado a Stravensko por nuestro James Harris, ambos quedarán fuera de combate. Naturalmente, tanto nosotros en Panamá como los rusos en Perú, habrán *fichado* a sus respectivos prisioneros, de modo que, prácticamente, quedan dos espías menos en el mundo. Tendrán que dedicarse a otra cosa... Y eso es bueno.

—No tanto —murmuró Simón—. Retirar dos espías de la circulación, para mí tiene otro significado.

—¿Qué significado?

—Que los que quedamos en danza tendremos más trabajo. Eso es todo.

Brigitte asintió con la cabeza, como entristecida.

—Sí… Tiene razón, Simón. Siempre existirá el espionaje… Vaya, estaba muy contenta, pero usted ha conseguido ponerme triste.

—Espero que no me guarde rencor —sonrió Simón.

—No, no… Estoy acostumbrada a estos pequeños desengaños de la vida. A decir verdad, a veces me pregunto qué hacemos los seres humanos sobre la Tierra. Todos, uno a uno, ya le hemos demostrado suficientemente a Dios que somos malos y ruines. Y me pregunto… Sí… Me pregunto qué está esperando para juzgarnos a todos de una vez, y acabar con nosotros. No nos merecemos otra cosa, Simón.

Capítulo II

—Ahí los tenemos…

La voz de Simón se oyó quedamente en el gran auto color granate. De nuevo estaban en el aeropuerto. Simón II estaba al volante, y Brigitte atrás, con Simón I. Desde el coche, estacionado al borde de una de las pistas, veían perfectamente el helicóptero que estaba tomando tierra. Un magnífico helicóptero, grande, potente, que no debía haber tenido la menor dificultad en salvar la distancia desde Panamá a Colombia.

Un hombre uniformado de blanco se acercaba al helicóptero, con una tablilla de informes en las manos.

Brigitte frunció el ceño al verlo.

—Van a tener dificultades para su entrada en el país, a lo que veo.

—No. Este es compañero del que la recibió a usted. En realidad, ni la entrada de usted ni la de ellos constará en las listas. Los dos son amigos nuestros.

—Ah… Al ver otro hombre distinto al que nos acogió esta mañana…

—Todo va bien, no se preocupe.

Brigitte miró sonriente a Simón I. Posiblemente, si había complicaciones, éste comprendería rápidamente que Baby jamás se preocupaba en exceso. Tenía sobre sus bonitos hombros demasiados años de espionaje para preocuparse por nada. Sí: demasiados años de espionaje… No era vieja, ni mucho menos. No de aspecto. Pero, por dentro, la más hermosa espía internacional jamás habida, quizá tenía más de mil años. A veces es bueno tener muchas experiencias. A veces, es malo, porque quien así vive, quien tanto sabe de la vida, corre el riesgo de llegar a la conclusión de que la bondad y la belleza no existen…

—¿Lo ve? Todo está bien, desde luego —murmuró Simón I.

Brigitte abandonó inmediatamente sus pensamientos. El piloto del helicóptero se alejaba, con el hombre del uniforme blanco. Mientras tanto, los otros dos, uno de los cuales era Travis, de la CIA, y el otro era Igor Stravensko, de la MVD rusa, caminaban alejándose también del aparato, como dos buenos amigos… Pero uno de ellos iba algo más retrasado, con la mano derecha en un bolsillo y llevando en la izquierda un portafolios negro. Este detalle era suficiente para clasificarlo como perteneciente a la CIA Por tanto, el que caminaba más adelantado era Stravensko.

Brigitte lo miró atentamente. Era muy alto, de anchos hombros, atlético. Sus cabellos eran abundantes, rebeldes. Caminaba con mucho aplomo, como quien sabe que nadie puede vencerle, pero que, por otra parte, está seguro de que nadie será tan loco de atacarle. Su rostro era duro, frío, un tanto torvo. Lástima. Era un gran tipo de hombre, pero resultaba desagradable por su rostro antipático, inquietante, desabrido…

No se dirigían hacia el coche granate, sino hacia la salida del aeropuerto. Simón I tocó a Simón II en un hombro.

—Ve tras ellos. Los recogeremos fuera de aquí. Despacio.

Simón II asintió con la cabeza, y lanzó una ráfaga de las luces del coche hacia Travis y Stravensko, que pasaban a menos de veinte pasos del coche. El hombre que iba detrás volvió ligeramente la cabeza, sonrió y saludó con un amable gesto de cabeza. Había entendido. Todo iba bien. El ruso ni siquiera pareció haber notado la ráfaga de luz que lo iluminó brevemente, pero con toda claridad, evidenciando aún más su mueca fría, desagradable, sus facciones toscas y torvas.

Pasaron cerca de los edificios del aeropuerto, sin entrar en ellos. A la derecha se veían las luces de la pista que unía el aeropuerto con Buenaventura. Más allá se veía el estacionamiento para vehículos particulares… Y, justamente entonces, un auto salía de allí, con las luces apagadas lentamente, silenciosamente… Brigitte apretó con una manita el brazo de Simón I y señaló con la otra hacia el auto que tan discretamente salía del estacionamiento.

—No creo que se arriesguen a jugar sucio —musitó Simón—. Tienen que saber que estamos aquí, esperando.

Brigitte encogió los hombros. No hizo más comentarios. Pero sacó su pistolita del maletín y se la dejó caer entre los senos,

siempre con la mirada fija en el otro coche…

—¡Hey! —gritó de pronto Simón II, al volante—. ¡Lo están intentando…!

Sobresaltados, Simón I y Baby apartaron la mirada del otro auto, para regresarla velozmente a Stravensko y Travis. Lo hacían justo en el momento en que un hombre parecía brotar delante de los dos, apartándose de una florida planta de las que adornaban abundantemente las instalaciones del aeropuerto.

Su aparición, y sobre todo su acción, fue tan rápida e inesperada que Travis no pudo hacer nada. Y menos aún los del coche, que vieron con estremecedora claridad el anaranjado fogonazo que surgió de la mano del hombre. Como en una velocísima pesadilla, vieron a Travis encogerse, caer de rodillas… Simultáneamente, Stravensko echaba a correr hacia la autopista, sin ocuparse de nada más.

Pero el hombre que le estaba ayudando a escapar se inclinó junto a Travis, recogió el portafolios y sólo entonces echó a correr detrás de Stravensko, con una velocidad increíble.

Simón II había detenido el coche con seco frenazo y salía a toda prisa, mientras Baby y Simón I hacían lo mismo, ambos ya pistola en mano…

—¡El coche! —exclamó Brigitte—. ¡Eviten que se acerque a esos dos hombres! ¡Yo iré a por ellos!

Los dos agentes de la CIA comprendieron en el acto las órdenes de Brigitte. Mientras ella perseguía a Stravensko y su audaz y eficaz libertador por los difíciles terrenos vecinos al aeropuerto, ellos tenían que conseguir que el coche desviase su marcha, de modo que no pudiera recogerlos. De modo que echaron a correr al encuentro del silencioso automóvil, disparando un par de veces… Los disparos fueron apenas como taponazos de champaña, pero los rebotes de ambas balas en la brillante carrocería se oyeron claramente, agudos, vibrantes… El coche viró en el acto, hacia la derecha, desviando su marcha que habíase iniciado hacia los dos fugitivos, metiéndose por el áspero terreno desigual, rebotando blandamente sobre sus magníficos amortiguadores.

—Cuidado… —jadeó Simón I—. Ellos no van a estar sin disparar…

Brigitte se había desentendido de esta cuestión, corriendo a una

velocidad que habría sido motivo justificado de asombro para los jueces de la Olimpíada de Méjico, detrás de Stravensko y del otro. Se había descalzado, y más que correr parecía volar por el difícil terreno, al aire sus magníficos cabellos negros y largos. La iluminación de la autopista quedó inmediatamente atrás, pero los azules ojos de la espía tenían muchos años de entrenamiento en situaciones nocturnas, y la figura inconfundible del atlético Stravensko era perfectamente captada, saltando a toda prisa, salvando los pequeños montículos con hierbajos.

—¡Stravensko! —gritó ahogadamente—. ¡Deténgase o disparo!

No hacía falta poseer la clarísima inteligencia de Baby para comprender que Stravensko no pensaba detenerse. Tenía la libertad al alcance de sus pies; sólo tenía que correr, correr, correr…

Por el contrario, Baby se detuvo en seco. Alzó la manita derecha y, conteniendo la respiración para que la agitación de su pecho no la hiciese temblar, apretó el gatillo de su pistolita.

Plop…

Cuarenta yardas más allá, Igor Stravensko lanzó un grito y saltó en el aire describiendo una estremecida voltereta. El nombre que corría a su lado, llevándose el portafolios del norteamericano Travis, tuvo un instante de vacilación, aflojó la marcha… Hasta Brigitte llegó el grito de Stravensko, en ruso, ordenando a su amigo que no se detuviese, y el otro obedeció, tras la breve vacilación. Corría con todas sus fuerzas, pero era más pesado que Baby y, contra lo que se podría esperar, su potencia pulmonar era muy inferior a la de la espía, que le iba dando alcance rápidamente, desentendiéndose de Stravensko, al cual sabía herido. El hombre volvía la cabeza muy a menudo, y se veía su rostro tenso, crispado incrédulamente ante la velocidad de aquella muchachita esbelta y delicada.

Plop… Plop…

El hombre lanzó un grito y desapareció detrás de unas matas, tras describir también una vuelta aparatosa sobre sí mismo. Baby corrió todavía unas yardas, pero se detuvo de pronto y se dejó caer de rodillas…, justo en el momento en que de entre aquellas matas brotaba el primer disparo del amigo de Stravensko. La bala silbó sobre la cabeza de la espía, que acabó por tenderse de bruces sobre la tierra, pero siempre mirando hacia delante. Giró hacia la

derecha, mientras por entre las matas brotaban dos rojas llamaradas más. Unos puñados de tierra saltaron contra la cara de Baby, que acabó de girar sobre sí misma cuando se encontró detrás de un pequeño montículo que la protegía.

Volvió la cabeza y vio las luces del auto de aquel hombre, rebotando en el campo… De pronto, se apagaron, y entonces pudo ver con claridad las llamaradas de los disparos silenciosos que brotaban por una de sus ventanillas. Parecía que el coche, dejando atrás a Simón I y Simón II, acudía en ayuda del que se llevaba el portafolios de Travis…, que en aquel momento, tras apenas diez segundos de espera, reaparecía, corriendo desacompasadamente hacia el auto, agitando los brazos, en uno de los cuales se veía el portafolios.

La distancia era considerable, pero Brigitte disparó una vez más… Sonrió fríamente al oír el grito del hombre, que cayó de bruces, desapareciendo en las sombras del suelo. Estaba Baby levantándose cuando el hombre reapareció, para continuar corriendo hacia el auto de sus amigos, siempre agitando los brazos… Sólo que ahora ya no llevaba el portafolios. Debía haberse escapado de su mano, y, ciertamente, la ocasión no era propicia para detenerse a recogerlo, llevando detrás a tan hermosa y peligrosa fiera de ojos azules, que volvió a disparar. El hombre dio otro traspié, cayó de rodillas, volvió a levantarse y continuó su marcha, volviéndose y disparando como un loco. Sus disparos no tenían dirección, pero siempre eran un peligro, de modo que Brigitte se dejó caer una vez más al suelo…

Por detrás de ella, y a la derecha, llegaban corriendo Simón I y Simón II, disparando también con escasa fortuna hacia el auto. La espía se puso de rodillas y los llamó.

—¡Simón! ¡Déjenlos marchar! ¡No se acerquen al auto, o los matarán! ¡Tenemos a Stravensko!

Simón I se dejó caer junto a ella, jadeando.

—¡Han matado a Travis!

—Así parece —tembló con frío sonido la voz de Baby—. Y lo pagarán… Pero ahora ellos tienen la ventaja. Están protegidos por el coche, y si nos acercamos, tendrán ventaja.

—¡Los muy puercos…! ¡Cuando vuelvan a proponerme otro canje les diré que se vayan a la…!

—¡Atención! —Interrumpió Brigitte—. ¡Vienen ahora hacia aquí, después de recoger a su compañero! ¡Quieren llegar a la autopista! ¡Al suelo!

El coche se acercaba a ellos, como una gran sombra peligrosa, amenazadora. De dos de sus ventanillas brotaban ya las rojas llamaradas de algunos disparos, que silbaron por encima de los agentes de la CIA Dando saltos, como un grotesco gusano gigantesco, el auto pasó a menos de cincuenta yardas de ellos, en busca de la carretera… Una vez allí, inevitablemente, se les escaparía. No habían conseguido recoger a Igor Stravensko, ni llevarse el portafolios, pero sí iban a conseguir escapar, pues el coche de los hombres de la CIA había quedado muy atrás. Para cuando pudieran recurrir a él, los del otro auto ya estarían lejos…

Simón II se puso en pie, lleno de tierra, agitando furiosamente un puño.

—¡Cerdos! —gritó—. ¡Ya os daré yo canje, malditos…!

El auto llegó a la autopista, mientras Brigitte bajaba la mano armada del congestionado, furiosísimo Simón II.

—Es inútil, Simón —musitó—. Vamos a ver qué ha pasado con Travis y con Stravensko. Vaya usted mismo a recoger el portafolios de Travis, por esa parte.

Sin dejar de proferir feos insultos, Simón II obedeció a Brigitte, comprendiendo que nada mejor se podía hacer. Mientras tanto, Baby y Simón I retrocedían, hacia donde había caído Igor Stravensko. Lo localizaron muy pronto, intentando esconderse bajo unas matas, pero Simón le asió por un pie y tiró rudamente de él, sacándolo a la relativa claridad de los alrededores del aeropuerto.

—¡Sal de ahí, conejo miserable! ¡Te voy a…! ¡Vamos, ponte en pie!

Stravensko se puso primero de rodillas, apoyando ambas manos en el suelo.

—Estoy herido… en una pierna —jadeó.

Simón se acercó a él, lo asió de un brazo, y cuando iba a tirar de él para ayudarlo, Baby saltó hacia ellos y propinó un fulminante, violentísimo, implacable golpe de *karate* con el pie en pleno estómago de Stravensko, que emitió un gemido y se deslizó hacia el suelo con todo su peso…, soltando la piedra con la que habría roto la cabeza de Simón si Brigitte hubiera vacilado medio segundo.

Simón I quedó pálido, contemplando la gran piedra junto a la mano del ruso.

—Vaya a buscar el auto —dijo Brigitte—. Yo le espero junto a Travis. Hay que recogerlo. No se preocupe por Stravensko: estará sin sentido un buen rato.

Temblando de rabia, Simón I fue a por el coche, mientras Simón II llegaba con el portafolios. A una seña de Brigitte le entregó el portafolios.

Y a otra seña, comprendió que debía encargarse del gigantesco Stravensko y llevarlo hacia la carretera que, afortunadamente, al igual que aquellos terrenos, estaba desierta a aquella hora. Si alguien había por allí, estaba lógicamente en los edificios del aeropuerto.

Llegaron junto a Travis cuando Simón I había detenido ya el coche junto a su desafortunado compañero. Simón II llevaba a Stravensko por el rudimentario procedimiento de arrastrarlo cruelmente por un pie. El ruso tenía las ropas desgarradas y llenas de polvo. Su rostro había rozado varias veces contra el suelo y el polvo se amasaba allí con la sangre de las superficiales heridas y rasguños. Le soltó el pie como si le diese asco y se arrodilló, igual que Brigitte, junto a Simón I y Travis.

—No está muerto… —musitó Simón I—. Y creo que podrá salir de ésta.

—Vamos al pesquero —musitó Baby—. Creo que podré encargarme yo misma de esta herida, Simón. ¡De prisa!

Capítulo III

El sudor se deslizaba por el rostro de Baby, mientras sus ojos permanecían fijos en la herida que Travis tenía en el pecho, en el lado derecho. Afortunadamente, la bala se había clavado en esa parte… De haber acertado más hacia el centro, o, peor aún, al lado izquierdo, el agente de la CIA habría muerto ya.

Las manos de la espía se movían hábilmente, manejando el instrumental de urgencia que había en el pesquero. Todo se había hecho bien, aunque rudimentariamente, y desde luego no habría peligro de infección, pero… la bala continuaba alojada en el pecho de Travis.

Simón I pasó una gasa limpia por la frente de Brigitte, enjugando el sudor, igual que si se tratase de una formal intervención quirúrgica en la cual ella desempeñase el papel de cirujano jefe. Pero, por fin, Brigitte movió negativamente la cabeza, con desaliento.

—No puedo —casi gimió—. No puedo hacerlo. Es demasiado para mí. Creí… creí que la bala estaría menos profunda…

—¿No puede sacarla? —murmuró Simón II.

—Temo hacerlo, Simón. Lo haré si no hay más remedio, pero… ¿No tenemos ningún médico a nuestra disposición?

—En Buenaventura, no. No en estos momentos, al menos. Normalmente, hay uno aquí, muy bueno… El doctor Acuña. Pero está en Bogotá, en no sé qué convención médica nacional.

—Convendría ir a buscarlo.

—¿A Bogotá? —exclamó Simón I—. ¡Hay trescientas cincuenta millas hasta allá, y no tenemos ningún avión o helicóptero disponible en estos momentos! El compañero que trajo a Travis y Stravensko desde Panamá debe haber regresado ya…

—Debimos recurrir a él antes de venir aquí —musitó Brigitte—, pero ahora ya no tiene remedio. ¿Cuándo sale el primer vuelo desde

Buenaventura a Bogotá?

—No estoy seguro… A las nueve, a las ocho…

Brigitte miró su relojito de pulsera, impaciente, todavía con las manos llenas de sangre.

—Es la una y media… Sólo la una y media.

—Yo iré con el coche —dijo Simón II—. Soy un conductor formidable, Baby.

—De acuerdo. No veo otra solución, por el momento. Pueden regresar en avión…

—Si tenemos que esperar el primer vuelo de Bogotá a Buenaventura, casi sería lo mismo. Ya veremos qué decido una vez allí. Todo depende de a qué hora llegue. Decidiré sobre la marcha.

Sólo falta que Travis aguante estas diez o doce horas.

—Creo que aguantará —musitó Brigitte—. Pero si yo viese un peligro definitivo, recurriríamos a cualquier médico de Buenaventura, con todas las consecuencias.

—Eso puede traernos complicaciones…

—Lo sé. Pero dígame, Simón, ¿prefiere que por esperarlos a usted y al doctor Acuña dejemos morir a Travis?

—No. Sé que usted no haría eso jamás. Y supongo que está tan acostumbrada como nosotros a salir con bien de las complicaciones. Salgo ahora mismo hacia Bogotá. Hasta la vuelta.

—Adiós.

Simón II abandonó el pesquero, en cuyo interior más bien reducido habían intentado extraer la bala del pecho Travis, tendido sobre una mesa, a la precaria luz de un par de bombillas. Brigitte hizo un final de cura de urgencia que tuvo que limitarse a asegurar la asepsia de la herida y contener la sangre. Poco después, conseguido esto, depositaron a Travis en una litera. Simón acercó un taburete, y se sentó junto al herido, hosco el gesto.

Más allá, sentado en otro taburete, esperaba Igor Stravensko, silenciosamente. No había podido oír nada de lo que hablaban los agentes de la CIA, pero tampoco parecía importarle lo más mínimo. Estaba muy pálido, y parecía pensar únicamente en contener la sangre de la herida de su muslo derecho, con las gasas que le había entregado Brigitte cuando llegaron al pesquero.

—Venga a la mesa, Stravensko —dijo fríamente Brigitte—. ¿Puede caminar?

—No lo sé.

—Inténtelo. Preferiría no tener que ayudarlo. Ya será demasiada bondad por mi parte curarle esa herida.

Cojeando, Igor Stravensko llegó hasta la mesa, en la cual se tendió, cara al techo del comedor del pesquero, que también servía de cocina y dormitorio. Era una embarcación mediana, que parecía bastante cuidada. Por fuera estaba pintada verde y azul, y tenía tan buen aspecto como en el interior. Su nombre era *Galápago*.

Así es la vida. Lo que no pudo hacer por su compañero Travis, Brigitte pudo hacerlo por su enemigo Stravensko. Era mucho más fácil y menos peligroso hurgar en un sólido muslo bien musculado que en el pecho. Además, las balitas que disparaba la pistola de Baby eran de poco calibre, finas, y no tenían demasiada potencia… a menos que acertasen en un punto vital, como la cabeza o directamente al corazón. Fue más bien fácil extraer la bala con las pinzas. Luego, la operación de vendar la fuerte pierna del ruso no tuvo la menor dificultad. Con lo cual no parecía estar muy satisfecho Simón, que no se molestó en ayudar a Baby esta vez.

—Ya está —dijo secamente la espía—. Espero que me perdone si he estropeado sus pantalones, Stravensko.

—Se lo agradezco —gruñó el ruso.

—No lo haga. Y no se fije tanto en mí, Stravensko. Aunque me describa a sus amigos y confeccionen una foto-robot, no les servirá de nada para buscar a Baby en un futuro: el rostro que usted está viendo no es el auténtico. Pequeñas precauciones que usted comprenderá, sin duda.

Era mentira, pero el ruso pareció aceptarlo, siempre hoscamente.

—Supongo que lleva peluca, lentes de contacto y rellenos de espuma en el rostro —gruñó.

—Es usted muy listo —dijo secamente la espía—. ¿Tiene algo más que decir?

—No.

—Pues yo, sí. Como bien sabe, he tenido muchos contactos con hombres de la MVD. A muchos de ellos los he dejado marchar con vida… Y eso es lo que pienso hacer con usted, porque para mí vale más la vida de James Morris que veinte de las de ustedes. Esto quiere decir que haremos el canje, si sus amigos no se echan atrás…

Sin embargo, Stravensko, grábese bien esto en su mente: escóndase bien. Tanto usted como el hombre que disparó contra Travis, escóndanse bien, porque si vuelven a cruzarse en mi camino, los mataré. ¿Está claro?

—Muy claro. Y lo mismo le digo.

—Claro… —sonrió gélidamente Baby—. Claro, Stravensko… Lo entiendo. Sólo que todavía no ha nacido el espía que pueda terminar con Baby. Por tanto, insisto: escóndanse bien los dos. Quiero decir con esto que, cuando termine el canje, yo les buscaré a ustedes dentro de Rusia si es preciso.

—Inténtelo —rió secamente el ruso—. Me gustaría mucho que lo intentase. Entre usted en Rusia, Baby…, y ya veremos cómo y de qué manera sale.

—Con todos los honores —volvió a sonreír heladamente Brigitte —. Como siempre, Stravensko.

—No le dé más conversación —gruñó Simón—. Y usted, Stravensko, échese en una litera y dedíquese a dormir. Procure no molestar demasiado, pues no quisiera olvidar que sus amigos tienen a uno de los nuestros. ¿Entiende?

Igor Stravensko descendió de la mesa, mirando despectivamente a Simón. Se tendió en una litera, y un par de minutos después se había dormido, según parecía. Aunque, ciertamente, ni por un momento consiguió engañar a Baby y Simón.

Baby dedicó entonces su atención al portafolios de Travis. Se sentó junto a Simón, en otro taburete, y lo abrió, tras un ligero examen que cubría el riesgo de una explosión dentro del portafolios. No sucedió nada, y del portafolios fueron sacados dos sobres con la solapa metida dentro, pero sin cerrar con la goma del borde. En uno de ellos había simplemente dos fotografías de un hombre. Una de ellas de frente, y la otra de perfil derecho. Un hombre de poco más de treinta años, rubio, sonriente, de expresión simpática y viril, con algunas pecas sobre la nariz; tenía la boca grandota, ondulada en un gesto de picardía simpática. En la fotografía de perfil se veía más claramente la línea agresiva de su barbilla y, destacando mucho, una pequeña cicatriz junto al ojo derecho, desde el extremo del pómulo hasta la oreja. Al parecer, la CIA no quería que les diesen gato por liebre, ya que detrás de ambos fotografías, escrito a mano, se leía, en mayúsculas, el nombre

de James Morris.

—Bueno, esto lo arregla todo —musitó Simón—. Me estaba preguntando cómo íbamos a identificar a Morris sin la colaboración de Travis.

—Es natural que todo estuviese bien preparado, Simón. Veamos qué contiene este otro sobre.

El otro sobre contenía solamente dinero y unas breves instrucciones en *Cadencia Sur*, esto es, para los agentes de Sudamérica, respecto al modo en que James Morris, una vez recuperado, debía ser sacado de Colombia. En definitiva, y confiando en la improvisación de los agentes que intervenían en aquel caso, la orden consistía en sacar a James Morris de Colombia sin recurrir a vuelos públicos ni a ningún otro procedimiento por el que, en cualquier estación, puerto de mar o aire, James Morris pudiese ser localizado nuevamente por agentes rusos, lo cual sería tanto como delatar a posibles compañeros o contactos, no ya en el punto de partida, sino en el de llegada; con lo cual, indudablemente, se habría dado pie a futuras complicaciones.

—Nos lo ponen difícil —murmuró Simón.

—Es natural —aceptó Baby—. James Morris tiene que salir de Colombia sin dejar el menor rastro, Simón. Debo confesar que había pensado regresar con él a Washington en línea pública aérea, pero hay que admitir que sería arriesgado para mí y para quienes me recibiesen en Washington o en cualquier lugar, así como para los agentes intermedios. ¿Qué tal funciona nuestra red en Colombia?

—Aceptablemente. No creo que haya dificultades. Tal como se han puesto las cosas por aquí, no creo que convenga pedir ningún avión para que los recoja en Buenaventura. Lo ideal sería salir de aquí con James Morris hacia Bogotá, por Cali y Pereira. En Bogotá podrán prepararlo todo bien para salir en avioneta directos a Estados Unidos.

—Bien… Decidiremos eso en el momento oportuno. Duerma ahora, Simón. Hay que estar descansados.

—Prefiero que duerma usted.

—Querido —sonrió Brigitte—, me he pasado todo el día con los ojitos cerrados, de modo que estoy en perfectas condiciones. He dormido para tres días, y ustedes están cansados. No hay más que hablar.

—Se lo agradezco —sonrió Simón—. La verdad es que estoy muriéndome de sueño.

—Duerma tranquilo. Y no se preocupe por Stravensko. Si decide intentar algo, le meteré una bala en la pierna sana, y luego le obligaré a que nos deleite con un baile ruso.

—Bueno… Parece que es cierto que usted tiene sentido del humor… Buenas noches.

Simón II y el doctor Acuña aparecieron en el pesquero a las once y media de la mañana, apresuradamente. El doctor llegaba intensamente pálido y evidentemente nervioso. Brigitte frunció el ceño al darse cuenta de su agitación.

—¿Se encuentra usted bien, doctor? —preguntó.

—No. Tengo los nervios deshechos. Este hombre —señaló a Simón II— está loco. ¡No se puede ir en coche a esa velocidad! ¡Hemos estado a punto de salimos de la carretera no menos de cuatro veces!

—No he pasado en ningún momento de ochenta por hora —protestó Simón I.

—¡De ochenta millas! —gritó Acuña—. ¡Usted es un loco, joven!

—Tranquilícese —sonrió Brigitte—. El hecho cierto es que los dos están aquí vivos.

—Está bien… ¡Pero regresaré a Bogotá por mis propios medios! ¡No pienso viajar más con él! Veamos al herido, ahora…

—Ahora, no —interrumpió Brigitte—. Es mejor que descanse y, sobre todo, que se calme. Simón y yo estábamos tomando café, pero usted beberá leche tibia. Es buena para los nervios.

—Bueno… Si el herido puede esperar…

—Desde luego. Le he cambiado dos veces la cura esta noche. Aguantará cinco minutos más.

El doctor Acuña se sentó, y Brigitte se dedicó a servirle leche caliente, mirándolo amablemente de reojo. Era un hombre menudo, ciertamente nervioso, con una pequeña barbita gris. Debía tener ya no menos de sesenta años, pero parecía muy capaz e inteligente. La mirada de la espía fue finalmente a las manos del médico, insospechadamente grandes y fuertes, recias y, al mismo tiempo, con una extraña apariencia delicada, suave. Cabía esperar que fuese un buen cirujano, pero para estar seguros el propio Acuña tendría que demostrarlo.

Y lo demostró. Una vez calmado y convenientemente preparado, incluso con guantes de goma que sacó de su maletín envueltos en gasa, completamente aislados de todo contacto peligroso. Habían corrido mucho, era evidente; pero no era menos evidente que llevaban lo necesario. Acuña desdeñó el instrumental de urgencia del pesquero, utilizando el que llevaba él en su maletín. En menos de tres minutos había extraído la bala. Luego, ayudado por Brigitte y tras una nueva cura de desinfección, Travis quedó convenientemente vendado.

—No morirá —dijo finalmente Acuña—. ¿Fue usted quien hizo esas curas de urgencia?

—Sí —admitió Brigitte.

—Pues, hijita, enhorabuena. Ha sido un trabajo muy poco artístico, pero eficaz. Hay que sacar a este hombre de aquí. ¿Es posible?

—Si usted nos autoriza a moverlo…

—Desde luego. Pero con mucho cuidado. Tiene que estar en un lugar inmóvil, no en este cacharro, que se mueve al menor oleaje. Podría producirle náuseas, y eso sería fatal. La herida se abriría de nuevo, se desgarrarían los tejidos, volvería a perder sangre… Por cierto: lo dejo en manos de usted, señorita… señorita…

—Baby.

Acuña alzó los ojos vivamente, respingando.

—¿De veras? —exclamó—. Entonces… ¿Baby existe realmente?

—Eso parece —sonrió la divina espía.

—Estaba convencido de que era un mito de la CIA En fin, tengo que aceptarlo ahora. Como le decía, dejo al herido en sus manos. Sólo tiene que vigilar la temperatura y cambiar los vendajes cuando lo considere necesario. Si no sangra, no los cambie en dos días. Es lo más conveniente. Respecto a la fiebre posible, le recetaré unos supositorios, que pueden comprar en Buenaventura.

Escribió rápidamente en una receta de su talonario, y lo entregó a Simón, que se adelantó prestamente a recoger el papel, anticipándose a Baby.

—Los compraré a mi regreso del aeropuerto, doctor… ¿Vamos?

—No, gracias —pareció asustarse Acuña—. Tomaré un coche de alquiler, o iré en *autostop*, o a caballo. O a pie, mi joven amigo.

—Como quiera.

—Bien… Esto es todo. No creo que vuelvan a necesitarme, pues la señorita Baby parece capaz de atender al herido. Sin embargo, si me necesitasen…

—¿Lo voy a buscar? —sonrió Simón II.

—Me ponen un telegrama al hotel. Estaré pendiente de esa posibilidad.

Sonrieron todos. El humor había mejorado notablemente, ahora que tenían la seguridad de que Travis no iba a morir. Brigitte acompañó al médico hasta la cubierta y le tendió la manita al despedirse.

—Adiós, doctor. Y gracias.

—La CIA me paga para estas cosas. Una pregunta, sin ánimo de ofenderla: ¿realmente ha hecho usted todas esas cosas que dicen?

—Por lo menos, la mayor parte, supongo —sonrió Brigitte.

—Vaya por Dios… Creí que a mi edad poco podía aprender ya, pero usted me ha sacado de mi error. ¿Quién diría que un angelito como usted se dedica a matar gente como quien aplasta pulgas?

—Pulgas… y cualquier otra clase de parásitos, doctor. Le deseo un feliz viaje de regreso.

—Muy amable. Adiós, señorita.

—Adiós.

Acuña se fue, seguido inmediatamente por Simón II, que iba en busca de los supositorios recetados. Brigitte regresó al interior del pesquero, echó un vistazo a Travis, y sonrió al comprobar lo profundo y tranquilo de su sueño.

—Esto cambia las cosas en cierto modo —musitó Baby—. Sólo en cierto modo, pues el hecho cierto es que los rusos han hecho la primera jugada sucia. En bien de todos, esperemos que no la repitan… ¿Qué lugar tenemos para llevar allá a Travis, Simón?

—Uno muy bueno. Pero tendremos que navegar una milla, aproximadamente. De otro modo, nos veríamos obligados a esperar muchas horas antes de poder sacar del barco a Travis sin llamar la atención. Decida usted misma.

—Navegaremos. Creo que es lo mejor. Vamos a esperar a Simón, y luego iremos allá.

El lugar era una hermosa casita, blanca, con tejado rojo y abundantes flores. Estaba junto al mar, en la misma bahía de Buenaventura, fuera de la ciudad, desde luego. En la playa se veían

abundantes palmeras, y esto hizo sonreír a Brigitte, que había recuperado su buen humor completamente. Las perspectivas no eran malas, ciertamente: Travis a salvo, y James Morris a punto de ser recuperado.

Simón I y Simón II llevaron a Travis a la casita, mientras Brigitte permanecía en el pesquero, vigilando a Stravensko, cuyos ojos habían sido vendados por orden de Brigitte, a pesar de la seguridad que Simón I le dio de que tanto el pesquero como la casa no sería jamás ningún punto de referencia para los rusos, por muchas explicaciones que Igor Stravensko les proporcionase. Todas las medidas habían sido tomadas, naturalmente. Sin embargo, la espía insistió en que el ruso fuese cegado por medio de un gran pañuelo, y como eso no costaba nada, así se hizo.

Simón II regresó al pesquero, indicando a Baby que Travis había sido acomodado en un dormitorio. Se quedó él vigilando a Stravensko, y la espía fue a ver en qué condiciones quedaba el herido.

La casa no era muy grande, pero sí bonita. Más aún de cerca que de lejos. Era nueva, con grandes ventanales, mas su propietario no había resistido la tentación de ordenar un amplio porche con arcadas de estilo colonial español, a la vieja usanza. Dentro, se estaba fresco, debido a los gruesos muros pintados de blanco. La sensación de paz era notable, y se podía olvidar que afuera hacía un sol rabioso, y que el mundo giraba envuelto en sus miserias humanas.

Travis estaba confortablemente instalado en un lecho amplio, de grueso colchón. Había recuperado un poco el color del rostro y, por fortuna, el traslado se había realizado con tanto cuidado que la herida no sangraba.

—Tiene buena encarnadura —sonrió Simón II.

—A Dios gracias… —sonrió también Brigitte—. ¿Lleva usted su radio de bolsillo, Simón?

—Sí.

—Bien. Se quedará con Travis, vigilándolo. Si no ocurre nada, mejor. Pero al menor contratiempo llámeme al pesquero, y vendré inmediatamente. De momento, creo que es mejor que el pesquero permanezca en los muelles: es el mejor medio para no llamar la atención.

—Lo comprendo. Vaya tranquila.

—Hasta luego. Y cuídelo bien, Simón. Piense que él podría ser usted.

—Lo sé —murmuró Simón.

Brigitte regresó al pesquero y dio orden a Simón I para alejarse de aquella hermosa, romántica playa. Pero no directos hacia el puerto, sino hacia alta mar. Navegaron durante veinte millas antes de que Brigitte quitara la venda de los ojos de Stravensko y le señalara la pequeña emisora portátil, sacada de su escondrijo por Simón, que había dejado el pesquero al pairo.

—Muy bien, Stravensko, la radio está a punto. Ahora, llame a sus amigos.

—¿Qué les digo?

—Que seguimos aceptando ese canje, por nuestra parte. Y que intercambiaremos los prisioneros a las siete de la tarde, en el mar, delante de Punta Charambirá. Luego, ellos se irán hacia el Norte, y nosotros hacia el Sur. ¿Entendido?

—Sí.

—Pues hágalo. Pero dígales solamente eso, Stravensko: ni una sola palabra más. Por si no lo sabe, le diré que hablo el ruso tan bien como usted mismo.

—¿Puedo hablar en ruso? —preguntó ilusionado Stravensko.

—Desde luego. Pero, insisto: sólo las palabras que yo le he dicho… y tal como yo las he dicho. Sin claves, sin más juego sucio.

—Está bien.

Cinco minutos más tarde, con la aprobación de la desconfiada agente de la CIA, bajo la hosca mirada de Simón I, Igor Stravensko daba por terminado su mensaje. Los rusos habían aceptado.

A las siete, en Punta Charambirá, unas treinta millas al norte de Buenaventura. Las negociaciones finales estaban en marcha.

Capítulo IV

Brigitte bajó los prismáticos y los tendió a Simón.

—Ahí los tenemos. Deben ser ellos.

—Ha sido un canje demasiado rápido —mascullé Simón—. En definitiva, usted no ha podido sonsacarle nada a Stravensko, que era de lo que se trataba.

—Las circunstancias mandan, Simón. Los espías no podemos casi nunca actuar de acuerdo a un plan determinado. Es raro que un plan trazado sobre el papel llegue a feliz y exacto término. De todos modos, la CIA y la MVD nos conocemos demasiado bien para que tengan importancia los informes de James Morris para ellos y los de Igor Stravensko para nosotros.

Simón soltó un gruñido, mirando ya con los prismáticos. Veía perfectamente la lancha, también de pesca, que estaban utilizando los rusos, y eso le hizo sonreír secamente. Estaba bien claro que ambas partes se estaban asegurando de que aquel contacto no tendría consecuencias posteriores de identificación o localización. Igual que había hecho la CIA, los rusos debían haber alquilado con nombres falsos y a muy buen precio aquella lancha pesquera, posiblemente en Puerto Manglares o en Puerto Pizarro. Una vez finalizada la operación, dejarían las respectivas embarcaciones en sus puertos, y desaparecerían todos. Así tenía que ser, lógicamente.

—No veo a James Morris —musitó Simón.

—¿Cree que sea otra jugada sucia, y que estén pensando hundirnos, con Stravensko incluido?

—Es posible —Simón le devolvió los prismáticos, sonriendo fríamente—. Pero respecto a eso, será mejor que ellos no intenten nada. Tengo un pequeño mortero que les daría un serio disgusto.

—Oh —sonrió también Brigitte—. Magnífico, Simón. Ayude a Stravensko a ponerse en pie. Es posible que ellos también estén esperando e ver a su hombre.

Rudamente, Simón ayudó al ruso a levantarse junto a la borda; hasta entonces había estado sentado, apoyado de espaldas en el casco. Mientras tanto, Brigitte examinaba atentamente la otra lancha de pesca. Había tres hombres junto a la borda, y uno de ellos miraba también con unos prismáticos, naturalmente. La distancia era inferior a las cien yardas, pero todos querían estar seguros de que lo que veían era lo que les interesaba, con toda claridad.

Apenas Stravensko estuvo en pie junto a ella, Brigitte vio que el ruso de la lancha bajaba los prismáticos y movía los labios… Segundos después, otro hombre aparecía en cubierta, llevando de un brazo a James Morris. En el doble círculo óptico, Brigitte vio perfectamente aquel rostro duro, pero simpático, con su gran bocaza estirada en una sonrisa de esperanza, de impaciencia. Sus rubios cabellos desgreñados caían sobre el rostro crispado en difícil sonrisa. Un rostro demacrado, pálido. Llevaba solamente una camisa de color azul, que aparecía rota en varios puntos, y unos pantalones blancos, que se veían muy sucios.

—Ahí está Morris —murmuró Brigitte—. Parece que no lo ha pasado muy bien. Pero ya no vamos a buscar más complicaciones. Creo que van a bajar al bote pequeño… Sí. Dos de ellos se dedican a eso…

Simón veía la maniobra perfectamente, a simple vista. Efectivamente, el bote de salvamento de la lancha pesquera fue bajado al mar. Luego, bajó uno de los rusos al bote y, por fin, lo hizo James Morris, que fue quien empuñó los remos y empezó a bogar hacia el pesquero llamado *Galápago*, ocupado por la CIA Poco después, el bote se detenía, justo entre ambos pesqueros.

—Quieren que Stravensko salte al agua y nade hasta allí… ¿Podrá hacerlo, Stravensko?

—No… No creo. Prefiero no arriesgarme.

—¿Qué le ocurre? —Gruñó Simón—. ¿Acaso no quiere volver con los suyos? Son sólo cuarenta yardas, y las balas de Baby resultan muy pequeñas para un tipo como usted.

Stravensko se pasó la lengua por los labios.

—Lo intentaré, si me ayudan a descolgarme hasta el agua.

—Que le ayude su padre —espetó agriamente Simón.

Stravensko miró entonces a Baby, pero supo inmediatamente a qué atenerse cuando vio los ojos de la espía convertidos en dos

trozos de hielo teñidos de un azul celestial.

—No olvide que lo buscaré, Stravensko —dijo Brigitte, con une frialdad que correspondía a sus helados ojos.

Pero no movió ni una pestaña para ayudarle. De modo que Igor Stravensko se descolgó sin ayuda por la borda y se dejó caer al mar, ya casi tocándolo con los pies. Se hundió un instante, pero reapareció y comenzó a nadar hacia el pequeño bote. Al mismo tiempo, James Morris saltaba al agua desde el bote, y comenzaba también a nadar hacia el *Galápago*, mucho más de prisa que el ruso, que tenía ciertas lógicas dificultades con su pierna herida. Los dos hombres se cruzaron mucho más cerca del *Galápago* que del bote. Aún no había llegado Stravensko allá cuando Simón y Baby ayudaban a James Morris a subir por la escala de cuerda que habían descolgado por estribor.

Por fin, el canjeado agente de la CIA quedó en cubierta, chorreando agua salada, jadeando, pero brillantes sus oscuros ojos, mirando de Brigitte a Simón y de Simón a Brigitte, sonriendo, casi riendo nerviosamente.

—Compañeros —jadeó—: ¿me creerán si les digo que estoy encantado de verles? Brigitte y Simón se echaron a reír, y Simón palmeó la espalda del alegre espía canjeado.

—Nos iremos de aquí inmediatamente, compañero… —aseguró, todavía riendo—. Ve con Baby abajo. Creo que habrá algo de ropa allí, aunque no pensamos en tu remojón.

—Ahora ya puedo morirme— dijo Morris, mirando a Brigitte.

—¿Por qué? —sonrió ésta.

—Porque al fin he conocido a la mejor espía del mundo entero. Supongo… —sonrió ampliamente—, supongo que no estoy soñando.

—No —rió ella—. Vamos abajo. Rumbo Sur, Simón. Y atención a una posible jugada sucia.

—Me gustaría que la intentasen… ahora —dijo Simón.

James Morris se apoyaba en la borda, cara al pesquero de los rusos; se puso ambas manos a los lados de la boca y gritó:

—¡Adiós, gaznápiros! ¡Ojalá os encontréis con *Moby Dick*! ¡Cochinos!

—Déjelos, Morris… —rió Brigitte—. No debemos tener malos modales.

—¡Ojalá revienten!

Fueron abajo los dos, mientras Simón ponía en marcha el pesquero, tomando inmediatamente rumbo Sur, y asegurándose de que los rusos, según lo convenido, iban hacia el Norte, alejándose. No se veía ninguna embarcación más, y estaban lo bastante lejos de la costa para no temer ninguna otra clase de jugarreta. Finalmente, se había jugado limpio y todos podían darse por satisfechos.

Abajo, Brigitte encontró unos viejos pantalones y un jersey de hilo, azul, así como unas blancas zapatillas de lona que olían a pescado.

—Lo siento —se disculpó—, pero verdaderamente pensamos en todo menos en esto.

—No importa. Servirá de momento.

Se volvió de espaldas a Brigitte y comenzó a desnudarse. La espía también se volvió de espaldas a él, y se dedicó a sacar uno de los sobres del portafolios de Travis. En pocos segundos, las dos fotografías de James Morris estuvieron entre sus deditos. Se volvió hacia el espía yanqui, que continuaba de lado, ya secándose con una toalla roja y blanca. Al moverse, la cicatriz destacó en el lado derecho de su cara, desde el pómulo a la oreja. Brigitte sonrió…, pero la sonrisa se heló en sus labios al ver las manchas azuladas en la espalda de su compañero. Morris la oyó acercarse y se volvió, colocándose la toalla a la altura de la cintura.

—Vuélvase otra vez… —murmuró Brigitte—. No. No es necesario.

Se quedó mirando aquellas manchas idénticas a la espalda que Morris tenía en el abdomen, en los costados, en el pecho. Unos hematomas grandes, muy visibles… Los tocó con un dedito y el rostro de James Morris se crispó en una mueca de dolor que quiso parecer una sonrisa.

—¿Consiguieron hacerle hablar, Morris?

—No. Yo sabía que estaban pensando en un canje, y resistí.

—Bien… Es otra cosa que tendremos que anotar en la cuenta.

—Ya no importa —sonrió ahora con más éxito Morris.

Se quedaron mirándose. Había, efectivamente, una luz simpática en los oscuros ojos del rubio espía. Un contraste agradable. Tan agradable como todo en aquel yanqui que había pasado malos ratos.

—Es cierto… —Acabó por sonreír Brigitte—. Ya no importa… ¿Sabe que está más guapo en las fotografías?

Las mostró, y Morris las miró, sonriendo.

—Son de mejores tiempos, querida compañera. Cuando me hicieron estas fotos, yo estaba un poco más gordo y saludable. Cuando algún amigo quiera adelgazar, le recomendaré la MVD Son unas grageas que nunca fallan. Por cierto: ¿tenemos algo de comer en este trasatlántico de lujo?

—Algo habrá.

Rieron los dos. Poco después, ya vestido Morris, se dedicaba a comer con un apetito que estremeció a Brigitte. Era de suponer que en Panamá, Igor Stravensko tampoco lo había pasado bien en manos de los agentes de la CIA, pero, indudablemente, siempre nos duelen más los golpes que recibimos que los que damos. Brigitte comprendió que Morris estaba un poco violento consigo mismo por no poder evitar aquellas muestras de hambre, y, sonriendo, lo dejó solo.

Lo primero que hizo al subir a cubierta fue recurrir una vez más a los prismáticos, para mirar a su alrededor. Luego fue al timón, a cuyo cargo estaba Simón.

—Parece que todo va bien… —comentó—. ¿Ha visto algo inquietante, Simón?

—Nada.

—Tenemos un problema ahora —musitó ella—. Si llegamos al puerto, es posible que nos estén esperando por allí algunos de la MVD. Y como han visto este barco, tampoco conviene ir con él adonde están Simón y Travis.

—Eso sí estaba previsto —sonrió Simón—: llegaremos al puerto, dejaremos el *Galápago* y pasaremos a una lancha velocísima, con la cual iremos a la casa. No podrán seguirnos. Tampoco podrán luego encontrar la lancha, pues tenemos un buen escondite entre unas rocas de la costa. Supongo que no esperaba usted que nosotros lo hiciésemos peor que ellos.

—Lo hemos hecho… —deslizó la espía—. Debimos hacer algo por saber adónde va el pesquero de ellos, para pasarle la factura a Igor Stravensko y a su amigo, el que hirió a Travis. Pero lo único que yo quería era recuperar a Morris, y no quise dedicarme a otra cosa. Además, con Travis herido… En fin, ya encontraré algún día a

Stravensko y al otro. Tenemos a Morris, que es lo que importa.

—Es usted una sentimental —sonrió Simón.

Capítulo V

Cuando llegaron a la casita, era ya completamente de noche. Simón II salió a recibirlos, pistola en mano, pero la guardó prestamente al reconocer a Brigitte y a su compañero Simón I. Y en seguida, aún antes de que le dijese nada, tendió su diestra a James Morris, sonriendo afablemente.

—¿Qué tal, resucitado? —bromeó.

—Bien —rió Morris, estrechando calurosamente aquella mano amiga—. Y eso de resucitado me gusta. A decir verdad, todavía no acabo de creer que estoy libre… y vivo, claro.

Los cuatro entraron riendo en la casa. Solamente había luz en el dormitorio donde estaba alojado Travis, lugar donde, evidentemente, se había pasado Simón II todo el tiempo, sin perder de vista al herido. Fueron todos hacia allí, sin encender más luces, y Brigitte se apresuró a tomar una mano del herido, buscando su pulso.

—Parece que todo va bien… —sonrió—. ¿Cómo ha pasado estas horas?

—Aceptablemente. No ha despertado completamente, pero ha gemido, ha abierto los ojos un par de veces… Desde luego, no veía nada. El pobre Travis está todavía en un mundo oscuro.

—Ya saldrá de él —aseguró Brigitte.

James Morris se había acercado al herido, y permaneció unos segundos junto a él, mirándolo sombríamente. De pronto, pareció darse cuenta de que todos lo estaban mirando, y sonrió con timidez. Conocía lo sucedido, pues Brigitte se lo había explicado. Pero todo lo que dijo fue:

—Lo siento. Por recuperarme a mí, pudo morir él…

—Son cosas de la profesión… —murmuró Brigitte—. Suponemos todos que usted habría hecho lo mismo, James.

—Claro… Pero aun así, no dejo de sentirme un poco culpable.

Espero… espero que salga con bien de todo esto.

—No se preocupe. ¿Quiere comer algo?

—¿Otra vez? —sonrió Morris.

Se notaba claramente un más que aceptable buen humor en el grupo de agentes de la CIA. Brigitte también sonrió y señaló fuera de aquel dormitorio.

—Sería conveniente que descanse, James. Puede ocupar cualquier habitación. Y no se preocupe por nada. Mientras usted descansa merecidamente, nosotros nos ocuparemos de los últimos detalles.

—Está bien… La verdad es que, por extraño que parezca, no tengo sueño. Supongo que es debido a la tensión nerviosa… Pero me tumbaré a descansar. Y con un poco de suerte, hasta podré dormir. Buenas noches a todos… —sonrió de nuevo tímidamente, como avergonzado—. Y gracias, compañeros.

Recibió tres sonrisas a cambio, y salió del dormitorio. Simón II estuvo todavía un par de segundos mirando hacia la puerta, pero de pronto recogió el mapa de Colombia, a gran escala, que todos habían visto sobre la cama. Brigitte y Simón I acercaron dos sillas allí, y todos se inclinaron sobre el mapa, mientras el dedo de Simón II iba señalando los puntos que mencionaba.

—He tenido tiempo de sobra para planear la marcha de aquí, Baby. Y opinamos que…

—¿Opinamos? ¿Qué está diciendo? ¿A quién más se refiere?

—Bueno… Usted debe haber entendido ya que nosotros dos —señaló a Simón I y a sí mismo, con el pulgar— somos solamente parte del grupo de Buenaventura. Este es el puerto más importante de Colombia, y es natural que la CIA tenga un grupo completo en el sector.

—Sí… Es natural. ¿Quién dirige el grupo?

—Pues… Bueno, esto es relativo. Digamos que nosotros, los yanquis residentes en Buenaventura, somos quienes hacemos lo que conviene, llegado el momento. Sin embargo, tenemos que contar con la colaboración de un colombiano residente aquí, en Buenaventura. Es un hombre de toda confianza, y podría decirse que es él quien dirige el grupo, por sus conocimientos del lugar y del país. A su cargo está la emisora, y la distribución de personal, de acuerdo a las órdenes que recibe desde Washington. A nosotros

no nos conviene complicarnos la vida con radios.

—Entiendo. Bien: ¿qué opinan ustedes?

—Usted y James Morris deberían salir mañana por la noche hacia Cali. Son unas cien millas solamente, y hemos pensado que deberían salir por separado.

—¿Por qué? —Frunció el ceño Brigitte.

—Se lo explicaré. Es natural que James Morris esté fichado e identificado por medios de fotos y a la vista directa por todos los agentes rusos que estén rondando por estos lugares actualmente… Quizá se hayan retirado, pero debemos admitir que es poco probable. Es más probable que estén merodeando por Buenaventura y alrededores, en busca de nuestro grupo; partiendo de James Morris, naturalmente, puesto que a él lo tienen bien identificado. Por tanto, y esto es un punto de vista mío, opino que usted no debe arriesgarse. Es natural que si la ven con él, saquen la conclusión de que usted es Baby.

—Puedo caracterizarme de modo muy diferente…

—Lo sé. Hemos oído muchos de sus trucos. Los admiramos, pero… no queremos arriesgarla en lo más mínimo, Baby. Supongo que usted comprende que por muy disfrazada que fuese, el hecho de ir con James Morris no podría ser más revelador para los rusos.

—Desde luego… —sonrió Brigitte—. Les agradezco mucho que se preocupan tanto por mí, Simón.

—Déjese de bromas… —farfulló el espía—. Sabemos muy bien que usted no necesita que nadie la proteja, pero nosotros queremos hacerlo. La necesitamos y la queremos. ¿Comprende esto?

Baby hizo lo posible por ocultar su emoción.

—Se comprende muy bien, Simón. De acuerdo, iremos por separado. ¿Qué más?

—Solamente hasta Cali, o sea, ese recorrido de cien millas, que es el que podemos considerar peligroso. Si de aquí a Cali ninguno de los dos han tenido dificultades, es que hemos roto el posible cerco de la MVD. He conseguido dos coches para ustedes, de modo que irán en ellos hasta Cali. Allá, el residente jefe de la radio, les proporcionará otros dos coches, y se encargará de devolver los anteriores a esta ciudad. Al mismo tiempo, avisará al residente de Pereira de que ustedes salen hacia allí, de modo que también les estarán esperando…

—¿Y nuevo cambio de coches?

—Ya no será necesario. Solamente deberán entrevistarse con el residente de Pereira, el cual anteriormente se habrá puesto en contacto con el residente jefe de Bogotá, el residente de Pereira llamará nuevamente al de la capital, anunciándole su hora de llegada, aproximadamente. Una vez reunidos con el residente de Bogotá, éste los llevará, a los dos, en su propio auto, al aeropuerto, donde les estará esperando una avioneta que los llevará directamente a Miami, donde repostarán y podrán seguir hacia Washington. Pero, en fin, estos últimos detalles del vuelo corren a cargo exclusivamente del piloto que los estará esperando… Ya no habrá nada que temer.

—Perfecto. ¿Dónde vive el residente de Cali?

—Le tengo preparada una lista —la sacó de un bolsillo y se la entregó—. Están anotados los nombres y direcciones de los cuatro residentes que pueda usted necesitar en un momento dado. O sea, los de Cali, Pereira, Bogotá y Buenaventura. Esta lista es exclusivamente para usted, no para James Morris.

—Entiendo el peligro. Supongo que le proporcionaremos a Morris una radio de bolsillo.

—Efectivamente. Con alcance de cincuenta millas. Entiendo que la de usted puede conseguir esa distancia.

—Con el suplemento, sí, desde luego. Creo que ya entiendo lo que han planeado ustedes, Simón. Salimos de aquí Morris y yo, por separado. Pero al llegar a Cali, yo le llamo por la radio y sólo entonces, ya convencida de que no hay peligro ninguno, le digo dónde tenemos que encontrarnos, o sea, en el domicilio del residente de Cali.

—Exacto. Sólo entonces deberá decírselo, Baby. Imagínese que le decimos a Morris dónde encontrar a nuestros residentes y quiénes son… y que los rusos vuelvan a atraparle. Sería una pequeña catástrofe.

—James Morris ha demostrado ser muy duro —musitó Brigitte—. Pero todos sabemos que se nos puede ablandar, más pronto o más tarde.

—*Okay*. Esa es la cuestión. Por tanto, usted sólo le dirá a Morris dónde tienen que reunirse con el residente de Cali cuando, una vez en esa ciudad, esté usted segura de que el peligro, el cerco, ha

quedado atrás. Si así ocurre, el resto del viaje hasta Bogotá será pura rutina.

—Está bien… Un planteamiento perfecto, Simón.

—Gracias. También espero que apruebe esperar un día en esta casa. No hay que precipitarse.

—Desde luego. Bien, de acuerdo en todo: Morris y yo saldremos hacia Cali-Pereira-Bogotá mañana por la noche. Mientras tanto, nos dedicaremos a Descansar… y a nadar en esta hermosa playa. Siempre hay pequeñas compensaciones para el duro trabajo de los espías. ¿Quién me da un cigarrillo?

Simón II se adelantó a Simón I. Cuando éste consiguió adelantarse en ofrecer la llamita de su encendedor, Brigitte acercó la hoja de papel con los nombres de los residentes, y el fuego prendió en un ángulo.

—¿Ya recuerda esto de memoria? —Alzó las cejas Simón II.

—Mi memoria, querido Simón, es igual que la de un cerebro electrónico, o poco menos. ¿Quiere que le diga los nombres y direcciones de estos cuatro hombres de Buenaventura, Cali, Pereira y Bogotá?

—No, no… Si usted está segura de que los recordará todos, por mí está bien. Y, desde luego, es mejor quemar este papel.

Los tres miraban la blanca hoja, que se iba consumiendo rápidamente. Por fin, Brigitte la soltó, convertida en una arrugada y encogida lámina de negra ceniza. Luego, la aplastó con un piececito contra el suelo, desmenuzándola completamente.

—De acuerdo en todo lo que concierne a Morris y a mí. Pero, ¿qué pasará con Travis? Él no puede viajar… ¿Se quedarán ustedes dos con él en esta casa?

—No. Apenas ustedes hayan salido hacia Cali, nosotros también abandonaremos este punto de residencia. También eso está preparado. Llevaremos a Travis al domicilio de nuestro residente en Buenaventura.

—¿No será peligroso? —Frunció Brigitte el ceño.

—Menos que permanecer aquí. Naturalmente, el doctor Acuña conoce a nuestro residente de Buenaventura y podrá visitarlo, por simple gusto personal, y así atenderá debidamente a Travis. Sinceramente, lo preferimos así, pues nosotros tememos que no lo haríamos demasiado bien, en caso de una siempre posible

complicación. Además, nosotros dos no podemos estar varios días al cuidado de Travis, inmovilizados aquí. En cambio, nuestro residente sí puede hacerlo, y recibir como amigo particular de siempre al doctor Acuña, en su casa.

—Bueno… Es magnífico, realmente. Sólo queda un detalle: conseguir ropa adecuada para James Morris. No conviene que llame la atención de ninguna manera.

—Pensaremos en eso. ¿Quiere cenar algo?

—No. Simón y yo cenamos antes de desembarcar… Cenamos lo que dejó Morris.

—Tenías que haberlo visto… —murmuró Simón I—. Cuando yo bajé, aún masticaba. Me dio la impresión de que en vez de mandíbulas tenía un cepo capaz de triturarlo todo.

—Y menos mal que sólo lo han tenido poco más de cuatro días.

—Supongo que tampoco Stravensko lo pasó bien en Panamá —sonrió sañudamente Simón I.

Brigitte permanecía pensativa, fruncido el ceño. Sus dos compañeros se dieron cuenta, y se quedaron mirándola fijamente, a la espera de la expresión de aquellos pensamientos que no parecían agradables. Por fin, ella se dio cuenta del silencio, de la expectación de ambos espías, y sonrió desganadamente.

—Creo que iré a dormir unas horas… —musitó—. Mi turno…

—No tendrá usted turno… —cortó Simón I—. Nosotros dormiremos aquí, con Travis, turnándonos. Dedíquese a descansar tranquila.

—Y no hay más que hablar sobre eso —zanjó Simón II—. A partir de mañana por la noche, nosotros recuperaremos nuestro ritmo de vida normal y podremos dormir como lirones, mientras que usted y Morris tendrán un largo y pesado viaje por delante. ¿*Okay*?

—*Okay* —sonrió Brigitte.

—Bueno… Díganos qué estaba pensando.

—No sé… En realidad, nada, pero… No sé. Deben ser simplemente aprensiones mías.

—¿Aprensiones? ¿Sobre qué asunto?

—Sobre este que nos ocupa. Hay algo que no acaba de gustarme. Ha sido todo demasiado fácil.

Simón I y Simón II cambiaron una desconcertada mirada de

incredulidad.

—¿Demasiado fácil? —musitó Simón II—. Es usted extraordinaria, Baby. Han estado a punto de matar a Travis, herimos a Stravensko, y usted alcanzó también al hombre que le ayudó a intentar escapar…

—Lo hicieron muy mal —musitó Brigitte.

—¿Mal? ¿Qué está tratando de decir?

—La verdad es que ni yo misma lo sé. Pero me siento intranquila… Me ha ocurrido otras veces. Algo parecido a la sensación que sentimos cuando, tras resolver un problema, nos queda la duda de si lo hemos hecho bien o mal… Y al final resulta que nos habíamos olvidado de utilizar uno de los elementos del problema.

—¿Cree que falta algún elemento en nuestro asunto?

—No lo sé, Simón, de veras. Quiero decir que no estoy segura… Pero esa es mi impresión: falta algo… o sobra algo. En definitiva, yo no acabo de admitir del todo en mi mente los últimos acontecimientos.

—Apuesto a que está fatigada… —murmuró Simón I—. Vaya a descansar y quizá mañana lo comprenda todo mejor.

—Así lo espero. Buenas noches.

Pero a las tres de la madrugada despertó y comprendió que ya no podría dormir más. Fumó un cigarrillo, a oscuras, solamente con la luz de las estrellas y de la luna en menguante, que se reflejaba en el suelo del dormitorio, penetrando por la abierta ventana. Se levantó y estuvo unos minutos junto a la ventana, mirando la luna, las estrellas, el mar… El rumor del oleaje era todo cuanto llegaba a oídos de la espía internacional. Un rumor suave, lento, monótono, siempre idéntico… Era sedante, y para ella, siempre amable. Muy pronto sería de día.

Y de pronto, sonrió. ¿Por qué no? ¿Qué podía haber que le impidiese tomar un delicioso baño en el Pacífico? Rápidamente sacó uno de sus *bikinis* de la maleta y se lo puso. Luego se cubrió un poquito más con una bata corta, de color rojo, y casi transparente. Salió del dormitorio descalza, sin hacer el menor ruido. Vio la luz en el dormitorio de Travis, y se deslizó hacia allí. La ventana había sido cerrada casi completamente y luego cubierta con una colcha,

de modo que ninguna luz salía de la casa. Simón II dormía sobre una estera, a pierna suelta, y Simón I, sentado en una silla junto a Travis, daba cabezadas, resistiéndose a dejarse vencer por el sueño. Estuvo tentada de decirle que durmiese tranquilo, y velar ella, pero decidió que primero le sentaría muy bien un baño. Luego relevaría a Simón.

Salió de la casa sin hacer el menor ruido, tras una mirada a la entreabierta puerta del dormitorio que había ocupado James Morris. Poco después, caminaba entre las palmeras, hacia la playa. Cuando llegó a la orilla, se quedó unos segundos contemplando el agua, negra y blanca en sus crestas de espuma. La noche era ciertamente calurosa, se notaba un pesado bochorno que en cualquier momento podía convertirse en lluvia si el viento llevaba las nubes hacia allí. Una lluvia que sería gruesa, copiosa, fuerte… La lluvia tropical.

Se quitó la fina bata, y luego, tras una vacilación, hizo lo mismo con el *bikini*.

Primero metió un piececito en el agua. Sonrió después, y fue caminando por la fina playa, adentrándose en el mar.

Estuvo nadando quizá diez minutos, gozando de la frescura del agua, zambulléndose, saltando. Una bella sombra, una magnífica silueta sobre las aguas negras, blancas, quizá de color plata.

Transcurridos los diez minutos, nadó hacia la orilla. Salió a la arena, corriendo graciosamente, y se inclinó para recoger su *bikini*.

Quedó así, inclinada, inmóvil primero, y notando en seguida un estremecimiento en todo su cuerpo, fijos sus ojos en la brasa de un cigarrillo a menos de diez yardas de ella. Pero la brasa brilló menos de un segundo; parecía que quien fumaba ocultaba el cigarrillo en el hueco de la mano.

Se puso rápidamente la bata, y fue hacia allí, reconociendo mientras se acercaba a James Morris, que estaba tendido de lado en la arena. Él aplastó el cigarrillo en la arena, siempre tomando precauciones para que la brasa no pudiera ser vista desde el mar. Brigitte comprendió que si la había visto ella era porque estaba en tierra, de lado con respecto al canjeado espía, de modo que no podía reprocharle negligencia o descuido.

Se sentó a su lado, mirándolo fijamente. A la luz de la luna vio la tímida sonrisa en los labios de James Morris.

—Lo siento… —musitó él—. La verdad es que ya estaba aquí cuando llegó usted. Quise avisarla, pero…

—¿Pero…?

—Bueno… Me pareció que la cosa no tenía demasiada importancia. Juzgué que para usted tenía más importancia sus minutos de completa soledad, y no quise estropeárselos.

—Ha sido muy delicado… —sonrió ella—. Realmente, necesitaba algo así, James.

—Espero que me perdone.

—¿Por qué?

—Pues… Vaya… Usted se quitó el *bikini*… ¿Recuerda?

—Lo recuerdo muy bien, porque todavía no me lo he puesto.

—No pude dejar de mirar.

Brigitte volvió a sonreír.

—¿Tampoco usted podía dormir, James?

—No… Y es curioso. No crea que ellos me dejaron dormir mucho.

—Entiendo. Y entiendo también su insomnio. Es cuestión de estado nervioso.

—Así lo creo. ¿Y usted? ¿También está nerviosa?

—Sí… Pero usted tiene motivos, una justificación, y yo no.

—No comprendo.

—Tampoco yo… —rió quedamente Brigitte—. ¿Le gusta el mar, James?

—Me gusta todo —murmuró él—. Pero lo que más me gusta es estar libre. Me desperté y empecé a pensar que, permaneciendo entre aquellas paredes, era como estar prisionero. Me sentí… ahogado, de pronto, y me dije… Me dije que puesto que estaba libre, podía hacer lo que quisiera para convencerme a mí mismo. Y salí a la playa.

—Es una hermosa manera de sentirse libre, James.

—¿Usted se siente libre?

—Siempre. No es ninguna tontería eso de que la libertad está en la mente de cada uno. La libertad es, realmente, una cuestión… personal.

—Quizá tenga razón.

—James —ella le tomó una mano, dulcemente—: ¿lo has pasado muy mal con los rusos?

Morris encogió los hombros.

—Ya dije que eso ha dejado de importar.

—No del todo… No a mí, James. A mí sigue importándome. Te noto triste y vencido. Y eso no debe ser… Nunca debemos darnos por vencidos. Jamás, por ningún motivo, ocurra lo que ocurra. Siempre… se puede encontrar una compensación en la vida. El mundo no termina porque uno deje de ser espía. Hay… demasiadas cosas hermosas en el mundo.

—¿Por ejemplo?

—El amor. Puedes dedicarte a él ahora. Puedes tener una esposa, hijos… Puedes ser igualmente una persona útil a tu patria y a tus semejantes. El amor, el amor de todas clases, aunque sea un poco ridículo decirlo, hace ver las cosas con más… alegría.

—¿Y qué es el amor? —musitó Morris.

—Todo. Puede empezar por una mujer y acabar extendiéndose a todos los que te rodean.

—No creo en el amor de las mujeres.

—¿Por qué?

—No sé… Quizá porque lo considero egoísta. Una mujer no ama generosamente, sino que siempre espera… algo a cambio. Algo o mucho. Casi siempre mucho. En realidad, al amar, se ama a sí misma. No ama porque el hombre tenga necesidad de amor, sino porque es ella la que lo necesita. No se entrega, no da… Solamente quiere… recibir. Ama porque es el modo de tener lo que ella quiere. Si dando su amor no tuviese otra compensación que su propia generosidad, las mujeres no amarían jamás. Lo que ellas quieren es *recibir*, no *dar*.

—No todas son iguales. En alguna parte siempre hay una mujer que esté dispuesta a dar mucho a cambio de nada.

James Morris soltó una seca risita de incredulidad.

—No es tan difícil… —sonrió Brigitte—. Y piensa que si encuentras una, puedes encontrar miles como ella…

—Dudo que…

No pudo seguir, porque Baby, tras rodearle el cuello con sus bracitos, lo besó en la boca, lentamente, profundamente, con una dulzura que hizo estremecerse al desengañado, desilusionado espía…

—Casi es de día… Será mejor que volvamos a la casa.

—¿No vas a pedirme nada a cambio? —murmuró James Morris.

—En absoluto.

—¿Por qué no?

—¿Por qué sí? —sonrió ella—. Creo que eres tú mismo quien te perjudicas, con tu suspicacia. Piensa que no en todos los momentos de la vida tienes que portarte como un espía desconfiado, James.

—Eres muy generosa… Pero dudo que encuentre otra como tú.

—Sólo hay que buscar… ¿Te sientes mejor?

—Tengo que admitir que sí.

—Lo celebro. La generosidad ajena siempre nos hace sentirnos mejor… Pero debemos pensar que también nosotros somos *ajenos* a otras personas y que quizá son esas personas las que están esperando nuestra generosidad… No le escatimes tu generosidad a nadie, James.

—Lo tendré en cuenta… —murmuró él—. Y te aseguro que no olvidaré jamás tu ayuda, Baby.

—Todo lo que he hecho ha sido ayudarte a aceptar la vida… Volvamos. El sol nos va a encontrar aquí…

Capítulo VI

Por fin, tras un día monótono y tenso, llegó el momento de la despedida. Lógicamente, todos estaban deseando terminar con aquella situación de espera, de inevitable inquietud. Travis había murmurado algunas palabras, y estaba ya completamente limpio de fiebre, pero aún no había recuperado el conocimiento. Sin embargo, la decisión de llevarlo al domicilio del residente de Buenaventura no fue alterada. En cuanto Baby y James Morris partieran, Travis sería discretamente trasladado, de modo que Simón I y Simón II quedaran libres para continuar con sus trabajos en Buenaventura.

La única novedad que hubo aquel tranquilo pero tenso día, fue la consecución por parte de Simón I de algunas ropas adecuadas a la estatura y corpulencia de James Morris, que pudo abandonar sus sandalias con olor a pescado y el viejo jersey.

A las diez de la noche, tras despedirse afectuosamente de Simón I y Simón II besándolos en ambas mejillas, Baby y Morris partieron, cada uno en un auto, dejando atrás en la casa a los dos espías, que se miraron sonriendo maliciosamente.

—¿Te has fijado cómo miraba James a Baby?

—Lo ha enloquecido de amor… —rió Simón II—. Pero, amigo, eso es fácil, tratándose de Baby. James se ha pasado el día buscando su compañía… Emocionante. Y romántico… Los he visto en un par de ocasiones, cuando él intentaba abrazarla, y ella, sonriendo, no acababa de negarse… Quizá porque yo estaba por allí…

—Vaya, demonios… Me gustaría que me atrapasen los rusos… y luego viniese Baby a canjearme.

Se echaron a reír los dos, y entraron en la casa. Ya no se veían los dos autos, que habían partido hacia Buenaventura.

En su auto, Baby llevaba las dos maletas, en el asiento de atrás, y el maletín rojo con florecillas azules junto a ella, conteniendo los mil y un trucos de la más astuta espía del mundo. Por su parte,

Morris viajaba sin equipaje, pero había sido provisto de una magnífica automática con silenciador y tres cargadores de repuesto, así como de una radio de bolsillo que podía alcanzar las cincuenta millas. Cosa que no sería necesaria, seguramente, ya que salieron de Buenaventura distanciados por menos de cinco, Morris en primer lugar. Se había decidido así porque si a Morris le ocurría algún percance tras ser identificado en el camino, ella podría quizá ayudarlo llegando detrás. En cambio, si ella pasaba sin contratiempos, y paraban a Morris detrás, no podría saber que estaba en peligro. Y, aunque era de suponer que Igor Stravensko habría descrito concienzudamente a Baby, los rusos siempre identificarían mejor a quien había sido su prisionero.

Ya saliendo de Buenaventura, y todavía cerca un coche del otro, Brigitte casi frenó en seco al ver que el coche de Morris se detenía al borde de una plazuela ajardinada. Vio descender a Morris y captó su sonrisa simpática mientras caminaba hacia un indio vestido de blanco, que ofrecía su mercancía en un carrito. Sin regateos ni pérdida de tiempo, en pocos segundos, james Morris adquirió algo que Brigitte no pudo ver bien. Dos objetos más bien grandes, que el indio envolvió en un recio papel, y ató luego con una cuerda. Morris le dio uno de los billetes colombianos que Simón II les había facilitado a ambos, y regresó al coche, reanudando la marcha inmediatamente, siempre con aquella sonrisita simpática en su gran boca ondulada y viril.

Brigitte también reanudó la marcha, pasando pronto por delante del indio, que permanecía impávido junto a su mercancía, toda ella cerámica de manufactura indígena, al parecer.

Intrigada, Brigitte siguió detrás de Morris, que, ciertamente, no parecía saber por dónde salir de la ciudad, hasta el punto de que Brigitte pensó que habría sido mejor que para la salida hubiese ido ella delante.

Pero, finalmente, ambos salieron a la Carretera al Mar, que une Cali con Buenaventura. A partir de allí, la marcha sería cómoda y rápida. Se confiaba en llegar a Cali hacia las doce, recorriendo las cien millas en un par de horas. No era descabellado, desde luego. A los pocos minutos de haber perdido de vista a Morris, Brigitte recurrió por primera vez a la radio de bolsillo.

—¿James?

—¡Dime! —exclamó él—. ¿Te ocurre…?

—No me ocurre nada. Solamente estoy intrigada… ¿Has comprado algo?

—Así es —rió Morris.

—¿Qué cosa?

—Pues… Bueno, es una sorpresa. Ya te enterarás.

—Bien —sonrió Brigitte—. De acuerdo. Aprieta a fondo el acelerador. Todo el camino es bueno hasta Cali.

—*Okay*. Hasta luego, querida.

Brigitte dejó la radio de nuevo en el maletín, que dejó con el cierre suelto. Luego, con una mano, se tocó la pistolita, pegada con esparadrapo color carne a su muslo izquierdo. No tenía la menor intención de dejarse pillar desprevenida…

No hubo complicaciones, sin embargo. A las doce menos cinco, la espía internacional llegaba a la entrada a Cali, abandonando la formidable autopista llamada Carretera al Mar. No veía el coche de James Morris por ninguna parte, de modo que lo llamó por la radio.

—¿James?

—Sin novedad.

—Magnífico. Ahora, vamos a ir al domicilio del residente de Cali, para que nos proporcione otros coches y avise a Pereira de que salimos hacia allí… ¿Tienes a mano el plano de Cali?

—Claro.

—Bien El hombre que vamos a ir a ver se llama José Romero, y vive en el ciento ochenta y ocho de Carrera Novena. Dime si localizas el punto. Espero.

Diez segundos después llegaba la respuesta de Morris:

—Localizado. Salgo hacia allá.

—Deja el coche a un par de manzanas —recomendó Brigitte—. Y ten cuidado.

—¡Bah! Parece que todo va bien.

—Sí… Lo parece…

—¿Hay algo que no te guste, quizá?

—No sé… Deben ser esas extrañas aprensiones mías. Será mejor que primero te des una vuelta por esa casa. José Romero está avisado, de modo que sólo tienes que decirle quién eres. Yo iré dentro de… quince minutos. O sea, que llegaré con una diferencia de cinco con respecto a ti.

—De acuerdo.

—Hasta ahora.

Exactamente quince minutos más tarde, Brigitte detenía su coche en el cruce de Calle Diecisiete y Carrera Novena, o sea, dos manzanas antes de donde estaba el 188 de esta última. Para entonces, eran las doce y veinte, y la ciudad, aceptablemente iluminada, no mostraba la menor animación.

Se apeó del coche, recogió su maletín y caminó hacia donde, según el plano, estaría la casa donde vivía José Romero. La encontró fácilmente, y estuvo unos segundos mirándola con desconfianza, desde la otra acera. La inquietud que sentía iba aumentando a cada instante, y eso no le gustaba en absoluto. No vio el coche de Morris por ninguna parte, ni luz alguna en la casa donde vivía José Romero, que era un feo y deslucido edificio de planta y un solo piso. El portal era estrecho y se veía oscuro… Desagradablemente oscuro. Estuvo tentada de volver a llamar a Morris por la radio, pero comprendió que eso no era conveniente en aquel momento. Y por fin, duro el gesto, cruzó la calle y entró sin vacilación en el portal oscuro, casi siniestro. De la calle llegaba un leve resplandor, que tras unos segundos permitió a sus ojos aceptablemente acostumbrados a la oscuridad, ver el tramo de escalones que ascendía. Se quitó los zapatos y los sujetó con la mano izquierda, igual que el maletín. Luego metió la mano bajo su falda y despegó la pistolita.

Con ésta en la mano subió lentamente, en completo silencio. Un silencio de mal augurio. No se veía ni oía nada. Y lo lógico habría sido ver luz, oír las voces del tal Romero, o de Morris… Cuando llegó arriba empujó la puerta con la punta de la pistolita, cautelosamente.

Y la puerta cedió, con suavidad, apenas tres pulgadas… De pronto acabó de abrirse, de un seco tirón. Una mano de hombre, grande y fuerte, apareció por el hueco y dio un fuerte tirón de la mano armada de Brigitte, que entró volando, abriendo la puerta completamente con la cabeza. Cayó dolorosamente al suelo, de bruces, pero se revolvió a la velocidad del relámpago, alzando la pistolita…, mientras la luz se hacía inesperadamente en la pieza… y Morris quedaba petrificado, con su automática en alto, casi apretando el gatillo de su arma, que apuntaba hacía Brigitte.

—¡Baby! —exclamó, desencajado el rostro.

Brigitte parpadeó y bajó también la pistola. Morris se volvió y cerró la puerta. Acudió inmediatamente junto a Brigitte, que se incorporaba, mirándolo con expresión estupefacta… y alarmada.

—¿Qué ocurre, James? —musitó.

—No podía estar seguro de que fueses tú… Ven.

La tomó de una mano y la llevó al interior de aquel piso, que constaba de cuatro piezas, sin contar la cocina y el aseo. En una de ellas, caído de bruces sobre un baúl, había un hombre, completamente vestido, de calle, como si hubiese llegado hacía poco o pensara salir.

Brigitte se acercó lentamente al hombre y puso dos deditos en una carótida…

—Está muerto —musitó Morris sombríamente—. Lo encontré así cuando llegué.

—¿Estaba la puerta abierta?

—Sí. Pensé en salir a la calle para avisarte, pero me pareció más peligroso. Si nos tienen rodeados, es mejor que estemos juntos y bien protegidos aquí dentro.

—Tienes razón… Este hombre debe ser Romero, el que tenía que proporcionarnos los dos coches. Vamos a ponerlo en la cama, para registrar sus ropas.

Morris cogió al hombre por los sobacos, y Brigitte por los pies. El cuerpo todavía estaba caliente, lo cual indicaba que la muerte había ocurrido no hacía mucho. Al colocarlo horizontal para llevarlo a la cama, la cabeza del cadáver colgó blandamente, de un modo extraño, estremecedor.

—Le han roto el cuello —musitó Brigitte—. Y no hace mucho de eso.

—Me parece que nos hemos metido en una ratonera…

—Quizá. Regístralo. Yo buscaré la radio… Espero encontrarla, y así podremos comunicarnos con los de Buenaventura, para que vengan a ayudarnos…

James Morris se dedicó a registrar el cadáver, mientras la mirada azul de la espía caía precisamente sobre el baúl. Alzó la tapa y se quedó mirando hoscamente el contenido del mueble.

—Es José Romero, sí —dijo Morris—. Aquí tiene su documentación.

—Ven, James.

El espía canjeado se acercó, y su expresión también mostró la faceta hosca al contemplar la radio que había estado camuflada allí dentro. Es decir, lo que quedaba de la radio, pues estaba completamente destrozada, hecha papilla.

—Parece que no podremos comunicar con Buenaventura.

—Ni con Pereira. Las dos están fuera del alcance de nuestras radios.

Brigitte dejó caer la tapa del baúl, sin ruido, y lanzó un vistazo alrededor. Un dormitorio sencillo, eso era todo. Abrió el armario, revolvió algunas prendas de vestir… Finalmente encontró una carpeta azul y la sacó. La colocó sobre la cama, junto a los pies del muerto, y la abrió.

Eran facturas de poca cuantía, dirigidas a José Romero, y en el dorso de la mayoría de las cuales parecía que éste había hecho anotaciones y observaciones sobre el pago de las mismas. No tenían el menor interés. Ni encontraron nada que lo tuviese en todo el piso. Realmente, ¿qué esperaban encontrar? Lo único interesante allí había sido José Romero. Y la emisora. Y ambos habían sido eliminados, a su modo.

—No sé cómo han podido hacerlo —musitó Brigitte—. Pero esto confirma mis aprensiones, James. Ignoro qué están planeando y de qué medios se valen, pero es evidente que los rusos están jugando sucio en este asunto.

—Si he de serte sincero, no comprendo nada —gruñó él.

—Yo tampoco… Eso es lo malo. Hay algo importante detrás de todo esto…

—¿Qué hacemos? Si estuviésemos en Perú, yo podría tomar decisiones, pues conozco bien nuestra red allí, pero aquí…

—No sé si debemos seguir o regresar a Buenaventura. Tan peligrosa puede ser una cosa como otra.

—Se me ocurre algo… Podríamos seguir hacia Pereira, y cuando estuviésemos a menos de cincuenta millas, llamar por nuestras radios de bolsillo al residente de allí, para prevenirle, por si también a él le hubiesen localizado…

—No. El residente de Pereira tiene su radio en la misma longitud de onda que la tenía José Romero, naturalmente. Esa onda, ahora, es conocida por quienes han destrozado esta emisora. Si llamamos

al residente de allí, lo único que haremos será poner a los rusos al corriente de nuestros movimientos.

—Y si no avisamos al residente de Pereira, es posible que lo maten, como han hecho con este hombre.

—Habrá que correr ese riesgo —dijo secamente Brigitte.

—Como tú quieras —musitó Morris.

Brigitte captó la casi sorprendida, reprobativa mirada de su compañero.

—No me mires así, James. No podemos hacer otra cosa.

—No he discutido tu decisión.

—Pero no la entiendes. Si avisamos al hombre de Pereira, es posible que le salvemos la vida. Pero también es posible que debido a ese aviso nos atrapen a nosotros. Ya somos dos.

—Bien…, Bueno, podemos viajar basta tenerlo al alcance de nuestras radios, avisarle del peligro que corre y regresar a Buenaventura.

—Si le decimos eso al hombre de Pereira, los rusos nos esperarán a la entrada a Buenaventura, nos seguirán, y no sólo nos cazarán a ti y a mí, sino al residente de Buenaventura, a Travis, quizá a Simón. No… No podemos hacer tampoco eso, James.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Hay que tomar una decisión… ¿No estás sorprendido?

—¿De qué?

—Podían habernos esperado aquí, tendernos una trampa… Pero no lo han hecho. ¿Por qué?

—Ni idea.

—No es lógico… —entornó los ojos Brigitte—. No tiene la menor lógica. Pero sí tendría lógica que nos estuviesen dejando movernos libremente esperando que vayamos de uno a otro residente, a fin de que ellos puedan ir localizándolos… No… Tampoco puede ser esto, ya que llegaron aquí antes que nosotros. Con lo cual queda demostrado que saben cómo encontrar a nuestros compañeros. No sé cómo, pero lo saben. ¡Es formidable!

—¿Formidable? —masculló Morris.

—Sí… Prescindamos del perjuicio que nos causan, de que estén o no estén asesinando afiliados nuestros. Mirando las cosas objetivamente, desde el punto de vista de profesionales del espionaje, lo que están haciendo los rusos es formidable. No sé lo

que pretenden, pero hay que admitir que están jugando bien. Sí… Están haciendo una gran jugada. Hay que admitirlo… y admirar su astucia.

—Supongo que no estás hablando en serio.

—Completamente en serio, querido. Yo soy una profesional del espionaje. Y tú también. Por tanto, tenemos que admirar a nuestros colegas soviéticos. Lo están haciendo todo muy bien.

—Podríamos enviarles una felicitación —gruñó Morris.

—Quizá por Navidades —sonrió fríamente Baby—. Hay que tomar una decisión, James. Y creo que la más acertada, por el momento, es seguir hacia Pereira. Ya veremos qué pasa allí. Quizá esto de Cali haya sido una desdichada casualidad. Es el único modo de interpretar el hecho de que no nos hayan tendido una emboscada a nosotros dos aquí mismo.

—¿Crees que en el espionaje se producen casualidades?

—No. Pero todo puede ocurrir. De un modo u otro, parece que podemos movernos libremente, así que iremos a Pereira. Si están esperando que me asuste y que retroceda hacia Buenaventura de modo que delataría a nuestro residente allí, van a llevarse un buen chasco. Seguiremos adelante. No es fácil asustar a Baby, querido.

Capítulo VII

Salieron de aquella casa con todas las precauciones, pero resultaron innecesarias. El terreno estaba despejado. Ciertamente, era asombroso, pero ninguna trampa estaba esperando a los dos agentes de la CIA.

Tras dar la vuelta a la manzana cada uno por un lado, se reunieron en el coche de Morris. Entraron rápidamente y se quedaron los dos silenciosos, pensativos.

—Bien —murmuró Brigitte al cabo de unos segundos—. Hemos estado sirviendo de cebo para nada.

—Puede que la muerte de Romero sea un hecho aislado —sugirió Morris, vacilante.

Estaba bien claro que ni él mismo lo creía. Brigitte encogió los hombros.

—Sí. Puede que sea eso. De un modo u otro, la muerte de José Romero es otro dato a consignar en la factura que tengo que pasarle a los rusos.

—¿Seguimos juntos hacia Pereira?

—No… No, no… Es mejor que vayamos cada uno en nuestro coche, James. Si algo le ocurre a uno, el otro puede intentar algo. No sé qué, pero algo… A la menor señal de peligro, recurriremos a las radios, para informarnos el uno al otro. El que logre escapar podrá hacer mucho en beneficio de nuestros compañeros, avisando a todos por la emisora central de Colombia de que algo raro está sucediendo.

—La emisora central de Colombia. Supongo que está en Bogotá.

—¿Por qué supones eso?

—Bueno… Es lo corriente. Casi siempre se coloca el centro de la red en la capital, así como los archivos secretos de todo el personal disponible para un momento dado. Si de un modo u otro los rusos nos tienen controlados y seguimos hacia Bogotá, será como

regalarles la emisora central y todos los servicios que contiene… Y hablando de regalos —sonrió de pronto—: tengo uno para ti.

Se volvió en el asiento, colocándose de rodillas para alcanzar con las manos el de atrás. Brigitte volvió la cabeza y le vio tomar uno de los dos jarrones que había allí, sobre el grueso papal que los había envuelto. Morris le entregó el jarrón, sonriendo todavía.

—Es una tonta sorpresa, ¿no es cierto? —dijo tímidamente.

—¿Esto es lo que compraste al indio de Buenaventura?

—Sí… Bueno, es todo una tontería mía… Yo… Supongo que tendremos que separarnos al final de este viaje…

—Inevitablemente —musitó la espía—. Es un bonito jarrón, James. Gracias.

—Es cerámica india. De los «arawak»… Los «arawak» se han extendido por toda Colombia, y su cerámica es famosa. Yo pensé… Bah, son tonterías mías, ya te lo he dicho.

Brigitte estuvo unos segundos contemplando su jarrón. Medía unas quince pulgadas de alto y tenía una base de seis o siete. Luego, se ensanchaba por el centro, para volver a perder diámetro cada vez más, terminando en una boca de un diámetro inferior al de la base. Sus colores y dibujos eran alegres, en verdad bonitos, con motivos referentes al sol y a la caza.

—A veces, James —murmuró dulcemente—, son las pequeñas tonterías las que proporcionan un poco de alegría. ¿Qué pensaste?

—Sé que tendremos que separarnos, y quise… que tuvieras siempre un recuerdo mío.

Quizá me olvides pronto, pero yo he querido… evitar que eso ocurra. Es un bonito jarrón, y adornaría cualquier lugar, con unas flores. En realidad, te estoy obligando a que me recuerdes. Espero que lo hagas cada vez que cambies las flores del jarrón… Ya te he dicho que eran tonterías mías.

Brigitte lo miraba, sonriente. De pronto, se acercó a él, y lo besó en un lado de la boca, dulcemente.

—Nunca olvido a ninguno de mis compañeros, James —susurró —. Pero, de todos modos, gracias por el regalo. Lo conservaré con cariño.

Morris soltó un gruñido. Parecía cohibido por aquel tonto romanticismo, como disgustado consigo mismo.

—¿Salimos ya? —farfulló.

—Sí. Me voy para mi coche. Respecto a tu jarrón… ¿qué piensas hacer con él?

—Yo nunca dejaré de recordarte, tampoco. Pero cada vez que lo mire pensaré que tú estás haciendo lo mismo… y que también me recuerdas.

Brigitte volvió a sonreír dulcemente y dio una palmada a una mano de su compañero.

—Nos veremos en Pereira, querido.

Salió del coche y se alejó rápidamente. Poco después, entraba en el suyo. Puso el motor en marcha y se quedó mirando sonriente el regalo de Morris. A veces, los espías, por duros que sean, tienen esos pequeños detalles sentimentales, como si quisieran recordarse a sí mismos que son seres humanos, que existe el amor, el romanticismo, o la bondad, la amistad… Eso es bueno. Es bueno tener destellos humanos incluso en momentos de peligro… Y no sería ella quien se riese de aquel detalle de James Morris. Prefería mil veces un espía así, que aquella especie de robot llamado *Travelling* que conociera tiempo atrás en Buenos Aires[2].

—Bien —acabó sonriendo, ahuyentando aquellos tristes recuerdos—. Supongo que tío Charlie tendrá que enviarme algunas flores periódicamente para este bonito jarrón.

Se alejó de allí. Pasó junto al coche de Morris, que la vio y partió tras ella. En la salida de Cali hacia el Norte, ella se quedó rezagada, viajando a marcha lenta, mientras otra vez James Morris tomaba la delantera.

Llegaron a Pereira cuando ya casi era de día, cerca de las cuatro de la mañana. Sin novedad alguna, sin contratiempos de ninguna clase. Viaje aburrido.

—¿James? —llamó Baby por la radio.

—Todo bien. ¿Y tú?

—Un poco cansada… por aburrimiento. Voy a pasar ahora por delante de ti, hacia el domicilio del residente de aquí. Sígueme, pero cuando yo me pare, tú sigue adelante cien o ciento cincuenta yardas. Regresas a pie para reunirte conmigo.

—Entendido.

Así lo hicieron. Diez minutos después, tras consultar el plano de Pereira facilitado por Simón II, la espía internacional se detenía casi

al otro lado de la población, en la salida a la carretera que continuaba hacia Santa Rose de Cabal y Manizales para unirse allí a la Panamericana que llevaba a Bogotá.

Detuvo el coche a unas cien yardas del garaje que se veía a la derecha, junto a un taller de reparaciones. Al otro lado, y todo formando parte de la misma empresa, había un surtidor de gasolina. No se veía ni una sola persona por allí. Pero cuando Morris detenía su coche tras el de ella, pasaron dos camiones enormes, cargados a tope. Estuvieron los dos junto a sus coches, esperando a que los enormes vehículos se perdieran en la distancia.

Luego, fueron hacia el garaje, cuyas puertas estaban abiertas. Tampoco allí se veía a nadie y Morris miró con cierta expresión de alarma a Brigitte.

—El residente de aquí se llama Eusebio Artigas —musitó ella, mirando a su alrededor—, y es el guardián de este garaje.

—Debería estar por aquí en ese caso… ¿No?

Brigitte señaló hacia el fondo del local, donde se veía un tramo volante de escalones de madera, que llevaban a una puerta de cristales, a unas dos yardas del piso. A pesar de la cada vez más abundante claridad del día, se veía luz eléctrica tras el cristal. Morris comprendió, y ambos caminaron hacia allí. El tal Eusebio Artigas debía tener allí su alojamiento, y posiblemente estaba ocupado en alguna pequeña tarea personal… o dormitando. Cosa ésta poco probable, pues debía haber recibido la noticia de que ellos iban a llegar. A menos que los rusos hubiesen matado a José Romero antes de que éste pasara el mensaje.

Subieron lentamente el tramo de escalones de madera, procurando hacer el menor ruido posible.

Cuando llegaron al pequeño descansillo rectangular protegido por una valla también de madera, Brigitte alzó la manita, dispuesta a golpear el cristal. Pero lo que hizo fue subirse la falda unas pulgadas, hasta poder empuñar su pistolita adherida al muslo.

La puerta no estaba cerrada. Se veía ahora claramente la rendija de luz entre ella y el marco. Hubo un sombrío cambio de miradas entre Morris y Baby, y ésta, con la punta de un dedito, empujó la puerta, lentamente…

Poco a poco, fueron viendo la pieza iluminada. Todo parecía normal allí. Relativamente ordenado, el lugar resultaba casi

agradable. Al menos, simpático. Por todas partes se veían viejos bidones de petróleo, muy limpios y pulimentados, brillantes; en cada uno de ellos se había pintado algo: paisajes, chicas desnudas, barquitos, frutas tropicales, flores… Una extraña, sorprendente decoración, que encajaba muy bien en un garaje.

No había nadie allí. Tampoco en la cocina diminuta, ni en el lavabo.

Donde sí estaba Eusebio Artigas era en el dormitorio. Un dormitorio pequeño, alargado, que por toda ventilación tenía un ventanuco alto, que debía dar a la parte de atrás del garaje.

Sí. Allí estaba Eusebio Artigas, tendido en la cama, con los ojos muy abiertos, fijos en el techo de madera. No. No estaban fijos allí, sino mucho más allá, mucho más arriba. Fijos en el mundo de los muertos.

Brigitte se pasó la lengua por los labios, lentamente. Los notaba secos, como de barro. Tan secos como toda la boca, la garganta… Toda ella se sentía seca, como sin vida. Eran gajes del oficio, ciertamente, pero… Lo más impresionante no era que Eusebio Artigas estuviese muerto, sino el modo en que había muerto. Estaba casi desnudo y tenía el pecho, las manos y la cara llenos de quemaduras… Sus desorbitados ojos mostraban todo el dolor que había estado soportando, antes de que le metiesen un par de balas en el corazón, a quemarropa. Es decir, a quemacarne, pues se veía la zona negra de la proximidad de los disparos, precisamente sobre el corazón, y los dos orificios pequeños, negros, hinchados.

James Morris se pasó una mano por la frente y fue a sentarse a los pies de la cama, crispado el rostro. La proximidad del cadáver, ciertamente, no tenía la menor importancia. Brigitte todavía permaneció en el umbral del dormitorio casi un minuto, contemplando la escena, tenso el rostro, fruncido el ceño. Notaba un fino y frío sudor en su frente, y sabía que estaba notablemente pálida.

Junto a la cama, otro bidón de petróleo, pintado con hermosas chicas en *bikini*, corriendo por una playa con fondo de palmeras, servía de mesita de noche. Había allí una pequeña lamparita de pie, un paquete de cigarrillos, cerillas, un vaso, un tubo de pastillas, un cenicero… Brigitte fue hacia allí, lo quitó todo y alzó la tapa del bidón, tras encontrar el resorte oculto. Efectivamente, dentro de

aquel bidón estaba la emisora a cargo de Eusebio Artigas. Completamente destrozada, desde luego.

Morris la miraba, pero no parecía tener el menor deseo de hacer comentarios. Por su expresión, Brigitte comprendió que los pensamientos del espía eran aún más sombríos que los suyos. Y estaba segura de conocer el motivo.

—Vámonos de aquí, James —dijo por fin, ronca la voz.

—Ha sido culpa…

—Vámonos.

Salió del dormitorio, seguido por Morris. Bajaron al garaje, y caminaron presurosamente hacia la salida. Antes de salir a la carretera, miraron cautelosamente a ambos lados… Hicieron bien, porque junto al surtidor había un flamante turismo rojo, llenando su depósito de gasolina. El conductor del auto estaba al volante, y el empleado de la gasolinera parecía a punto de dormirse de pie mientras lanzaba el chorro de líquido al depósito. Finalizó la operación, cobró y regresó al interior de la gasolinera, mientras el turismo rojo partía velozmente, hacia el Norte.

Tensos, los dos espías esperaron un par de minutos, para asegurarse de que nadie más pasaba por allí, y que el empleado de la gasolinera no reaparecía. Todavía debía tener sueño, y habría considerado como buena la idea de reanudarlo.

Despejado el terreno, salieron a toda prisa, subieron cada uno a su coche, y partieron, también hacia el Norte. Brigitte iba por delante, y así continuó hasta la cercana población de Santa Rosa de Cabal, adonde llegaron ya completamente de día, con el sol todavía un poco rojo, quizá anaranjado. Detuvo por fin el coche, antes de entrar en la población, saliendo de la carretera. Cuando se apeaba, junto a un grupo de altísimos árboles de alargadas hojas, Morris detenía su coche junto al de ella, y también salió rápidamente.

—Ha sido culpa mía —gruñó.

—No digas tonterías.

—¡Este canje estaba preparado, les convenía a ellos…! ¡No sé cómo lo están haciendo, ni qué pretenden, pero sí sé que me han utilizado a mí! Si no me hubieseis canjeado, nada habría ocurrido.

—Creo que así es, James. Pero es absurdo que te censures por ello.

—¿Absurdo? Travis está malherido, y José Romero y Eusebio

Artigas están muertos… Si no me hubieseis canjeado, nada de esto habría ocurrido. Ellos provocaron el canje, lo necesitaban para emprender otra operación… ¿No comprendes esto?

—Lo comprendo muy bien —replicó adustamente Brigitte—. Pero no te comprendo a ti. ¿Qué pretendes? ¿Vivir amargado toda tu vida? Eso no sería razonable, James.

—Razonable o no, esos dos hombres que trabajaban para nosotros han muerto per mi culpa. ¿Crees que eso puede dejarme indiferente?

—Supongo que no —musitó Brigitte—. Oh, James, yo te entiendo, pero es absurdo que te acuses. Cualquier espía habría hecho lo mismo que tú: aceptar el canje. ¿Acaso estás obligado a ser un superhombre… o un loco? Porque sólo un loco o un superhombre se negaría a ser canjeado, a quedar libre…

—Debí sospechar que estaban tramando algo.

—¿También quieres ser adivino?

Morris soltó un gruñido y se dedicó a encender un cigarrillo con manos que temblaban de rabia.

Se dio cuenta de que no había ofrecido a Brigitte, y le entregó el suyo, encendiendo otro a continuación.

—Tengo que hacer algo… —dijo—. Tengo que hacer algo que solucione esto… ¡Tengo que hacerlo yo, Baby!

—Cálmate. Tus remordimientos son injustificados. Nadie podría acusarte por haber aceptado con alegría ser devuelto a los tuyos en lugar de ser llevado clandestinamente a Rusia. ¡Por favor, James, no hablemos más de esto!

—Está bien… ¡Pero hay que hacer algo! A estas horas, los que han matado a Eusebio Artigas debe estar viajando hacia Bogotá… ¡Hay que avisar a toda prisa…!

—Quizá sean otros. No tenemos por qué pensar que los que mataron a José Romero en Cali son los mismos que han matado a Artigas en Pereira, y que esos mismos serán los que maten a los de Bogotá. Puede que sean varios grupos… Es asombroso. Asombroso y admirable, desde el punto de vista profesional, insisto en ello. No sé cómo lo están haciendo, pero observa que no llegan hasta nuestros colaboradores después que nosotros, sino antes. ¿Cómo pueden hacerlo?

—Ignoro el truco final, pero sí se comprende que todo empezó

cuando yo fui canjeado. De un modo u otro, nos han seguido, nos han tenido localizados, o… Bien…

—¿Qué estás pensando?

—Debería cortarme la lengua antes de decirlo, pero… ¿tienes completa confianza en los compañeros de Buenaventura?

Brigitte se quedó mirando, parpadeando mucho, al espía canjeado.

—Debo tenerla, James —musitó.

—Bueno, entiéndeme, yo no pretendo…

—Sé lo que quieres decir. En efecto, siempre existe la posibilidad de una traición, pero… No. Si Simón o Simón hubiesen querido hacer algo de esto, no tenían necesidad de esperar el canje. Al menos, eso parece lo lógico.

Morris se desconcertó visiblemente.

—Claro… Sí, es cierto… ¡Pero de un modo u otro, los rusos van sabiendo todo lo que les interesa!

—No… No todo —sonrió Brigitte fríamente—. No todo, James.

—¿Qué quieres decir?

—Van buscando algo… Algo concreto. Todo esto no son más que pequeños detalles de un plan general que debe tener una enorme envergadura.

—Si se te ocurre algo, dímelo, porque yo no entiendo nada de nada.

—No creas que yo entiendo gran cosa. Pero sí hay algo que está bien claro: han torturado a Eusebio Artigas para que les dijese algo que a ellos les interesaba. ¿Exacto?

—Exacto, sí…

—Si lo han torturado para eso, significa que hay algo que todavía ignoran. ¿Sí?

—Sí, claro… Bueno, digamos que lo ignoraban. Ahora es posible que lo sepan. Tal como estaba Eusebio Artigas, creo que no tuvo más remedio que hablar.

—Eso es lo que creo. ¿Y sabes qué es lo que ellos querían que les dijera Artigas?

—No… ¡Espera! Quizá sí lo sé… ¿El domicilio del residente de Bogotá?

—Exactamente, querido.

—¡Entonces, en este momento están viajando hacia Bogotá, y

matarán a…! No. No puede ser… Si han torturado a Artigas para que les informe del domicilio de los de Bogotá, debieron también torturar a José Romero en Cali para que éste les dijera dónde vivía Eusebio Artigas, ¿no?

—Claro.

—Pero a José Romero no le habían torturado, Baby.

—Quizá eso indique que la dirección de Romero ya la conocían, pero que no tenían medios de procurarse la de Eusebio Artigas… Oh, es todo tan complicado… Seguimos sin entender nada, todo es muy confuso, existen probabilidades de todas clases… Y no es momento de dedicarnos a cábalas y teorías.

—Yo creo que, aunque los rusos nos oigan, deberíamos seguir hacia Bogotá y avisar al residente de allá cuando lo tuviésemos al alcance de nuestras radios. Al menos salvaría la vida, y quizá tuviera tiempo de hacer desaparecer todos los documentos o detalles relativos a su trabajo para la CIA.

—Sí… Eso haremos. No, no, no… ¡No conviene, James!

—Te noto… desconcertada.

—Sinceramente, pocas veces lo he estado tanto en mi vida… Me disgusta no encontrar explicación a lo que está sucediendo.

—Muy bien, pero lo que interesa ahora es hacer algo. ¡Yo no quiero regresar a Estados Unidos sin haber solucionado esto!

—Ni yo… Déjame pensar unos minutos…

Estuvo pensando mientras le duró el cigarrillo. James Morris la miraba atentamente, con ansiedad, como si quisiera adivinar sus pensamientos. Pero era imposible, porque durante aquellos tres minutos no apareció la menor expresión en el rostro o los ojos de la espía internacional. Simplemente, estuvo fumando, con expresión impávida. Por fin, dejó caer el cigarrillo y lo aplastó con un pie. Morris hizo lo mismo y se quedó mirándola expectante.

—Lo primero de todo, cambiaremos de coche —dijo Brigitte.

—Está bien… Déjame ayudarte, con las maletas.

Brigitte asintió con la cabeza y abrió la puerta de atrás del coche que hasta entonces había conducido Morris. Mientras tanto, éste sacó las maletas de ella, que al verlo llegar se apresuró a quitar del asiento de atrás el jarrón que se había quedado Morris. El espía puso entonces las maletas en el asiento, tomó su jarrón, y fueron juntos al otro coche, donde Brigitte recogió el suyo y el maletín rojo

con florecillas azules. Dejó ambas cosas en el coche que ahora llevaría ella, y se encaró a Morris, fruncido el ceño.

—Mmm… Haremos lo siguiente, James: tú regresarás a Buenaventura, a advertir personalmente de lo que ocurre. Mientras tanto, yo seguiré viaje a Bogotá.

—No me parece prudente… ¿Cuál es tu plan, exactamente?

—Tu coche es más potente que el mío, y calculo que los rusos, si están ahora camino de Bogotá, no pueden llevarme mucha delantera. Si son otros los que piensan encargarse de los de Bogotá, naturalmente no llegaré a tiempo. Pero si son los mismos, espero dejarlos atrás. Voy a correr como nunca en mi vida…

—No, no —musitó Morris—. Es peligroso. Puedes matarte en la carretera, o caer tú también eh una trampa.

—Es un riesgo que me corresponde —sonrió secamente Baby—. Yo vine aquí, a Colombia, a hacer un canje, y por Dios que lo haré: el hombre que yo vine a canjear volverá a Estados Unidos. Podrán decir que Baby murió en una misión, pero jamás nadie podrá decir que no la terminó, que fracasó. Nunca he fracasado, y no pienso hacerlo ahora.

—Es una obstinación infantil la tuya —musitó Morris.

—Quizá. Pero cada uno ve las cosas a su manera. No me importa demasiado morir, pero sí me importaría no terminar mi trabajo. Son puntos de vista muy personales, pero tengo derecho a que me sean respetados.

Morris se pasó la lengua por los labios.

—Está bien —brotó ronca su voz—. ¿Qué hago yo?

—Vuelves a Buenaventura. Simón y Simón serán difíciles de localizar por ti, a menos que recurras al residente de allá. Y eso es lo que harás. Su nombre es Jorge González, y vive en una casita de la Avenida Costera, hacia el sur de la ciudad. El número de la casa es el doscientos veintisiete. ¿Lo recordarás?

—Claro.

—Yo haré lo posible por salvar al residente de Bogotá, y si todo sale bien, pasaría a recogerte con la avioneta a Buenaventura. Ahora bien: en cierto modo, tu parte es más importante que la mía, James… En Colombia, la emisora central no está en Bogotá, sino, precisamente, en Buenaventura… ¿Sorprendido?

Sonrió al ver el gesto de estupefacción de Morris, que, en efecto,

estaba sorprendido.

—¡Pero lo lógico sería…! —empezó.

—No hay nada lógico en espionaje. Perfectamente explicable, sí, pero no tiene que ser lógico. Dejemos esto, que ahora no tiene importancia. Lo que sí importa es que llegues a tiempo de avisar a Jorge González, para que ponga a salvo la emisora y el archivo del personal completo de la CIA en Colombia. ¿Está claro?

—Sí… Muy claro… De modo que el centro de la CIA en Colombia está en Buenaventura —rió burlonamente—. ¡Buen golpe contra los que van a Bogotá ahora!

—Así es —sonrió Brigitte.

—Lo difícil será que salves al hombre o los hombres de Bogotá… ¿Cómo piensas hacerlo? Francamente, dudo que puedas llegar antes que los rusos, si es que no son los mismos que han matado a Artigas.

—Me las arreglaré, pero eso es cuenta mía. Son ahora las cuatro y media… Veamos… Con mi coche puedes estar allí hacia las diez de la mañana. Ve con cuidado. Y aprovecha la luz del día para vigilar bien a tu alrededor, James…

—No te preocupes por eso. Yo haré mi parte… Está bien claro que los rusos, pretendan lo que pretendan, están equivocados. Toda su ruta señala hacia Bogotá, de modo que yo no tendré ninguna dificultad. Pero tú…

—Soy un huesecito mucho más duro de roer de lo que parece, mi amor —sonrió ella, pero vaciló en seguida—. De todos modos, si no nos volvemos a ver, recuerda que la vida… siempre puede ser hermosa.

—Deberíamos hacerlo al revés… Yo podría…

—No. Esta es mi misión, no la tuya.

—Bien… Debo admitir que eres… extraordinaria. Quisiera poder convencerte de que me dejases ir a mí a Bogotá, pero sé muy bien que no tengo la menor posibilidad de conseguirlo.

—En efecto —sonrió ella—. James, ten mucho cuidado: piensa que si no cumples tu parte todo nuestro servicio en Colombia quedaría al descubierto…

—Me imagino lo que pasaría —se estremeció Morris.

—Sería una auténtica catástrofe… ¿Sabes? Creo que eso es lo que están buscando los rusos.

—¿Desarticular la red de la CIA en Colombia? ¿Para qué?

—No lo sé. Y esa debe ser su jugada… Su gran jugada, que están realizando espléndidamente. Tendré que enviar una felicitación a la MVD, desde luego. Y antes de las Navidades… No perdamos más tiempo.

—Yo… Adiós… Adiós, Baby. Quisiera saber tu nombre auténtico…

—Baby —sonrió ella—. Yo soy Baby, y tú, simplemente, eres uno de mis Simones. ¿Para qué más?

—Bien…

Brigitte rodeó con sus bracitos el cuello de Morris, abrazándose a él fuertemente, cálidamente. Lo besó en la boca, con aquella dulzura estremecedora, y luego, los enormes, maravillosos ojos azules quedaron fijos un instante en los oscuros de James Morris.

—Adiós, Simón —musitó la espía.

Se metió en el coche que hasta entonces había utilizado Morris, y partió a toda marcha, llevando sus maletas, su maletín… y un hermoso jarrón de factura «arawak» como recuerdo romántico de un hombre que agradecía tan sencillamente su comprensión, su amor, su dulzura.

Y cuando ya el coche de Baby había desaparecido entre las primeras construcciones de Santa Rosa de Cabal, James Morris se metió en su coche, cogió su jarrón y, sonriendo irónicamente, desenroscó la base, dejando al descubierto la pequeña pero potente radio, que accionó en el acto.

—Al habla Kovarin —dijo en ruso—. ¿Podéis oírme todavía, supongo?

—Adelante, Georgi Kovarin —le contestaron también en ruso—. Te oímos bastante bien.

—¿Dónde estáis ahora exactamente?

—Acabamos de dejar atrás Manizales.

—Bien… ¿Habéis tenido algún contratiempo?

—No, no… Los dos estamos bien. Todo perfecto.

—Magnífico. Las cosas no son como creíamos: resulta que el centro coordinador de la CIA no está en Bogotá, sino en la misma Buenaventura. Exactamente, en el número doscientos veintisiete de la Avenida Costera. Todo el tinglado, incluido el fichero del personal de la CIA en este país, está en manos de un hombre

llamado Jorge González.

Antes que la voz del otro, se oyó su exclamación de asombro.

—¿Estás seguro de eso, Kovarin?

—Completamente. Me lo ha dicho Baby. Por cierto, ella ha salido ahora desde Santa Rosa de Cabal, hacia Bogotá. Por mi parte, debo regresar inmediatamente a Buenaventura, según sus *órdenes*, a fin de poner a salvo a Jorge González, su radio y su fichero de agentes de la CIA.

—¡Pero esto es formidable…! —exclamó el otro—. ¿De modo que los hemos tenido en todo momento ante nuestras narices?

—Así parece. Yo voy a encargarme de ese Jorge González, y de todo el fichero y demás. Esto quiere decir que pronto podremos poner en práctica el plan general en Colombia… Y, además, habremos quitado de en medio nada menos que a Baby, de una vez por todas.

—Fabuloso en verdad, camarada Kovarin. Increíble… El solo hecho de librarnos para siempre de Baby ya nos proporcionaría felicitaciones eternas de la MVD ¡Hasta ahora, nadie había conseguido ni siquiera llevar una mala fotografía de ella a Rusia!

—A veces ocurre esto, Bonoff: mitos. Es una chica corriente. Muy corriente —rió—. Puedo asegurártelo. Lo único que se puede pensar es que hasta ahora sólo ha tropezado con agentes de segunda categoría. Ella necesitaba un Georgi Kovarin para probar su temple, su astucia…, y ha fracasado.

—Pues enhorabuena, camarada Kovarin —rió el otro también—. ¿Volvemos nosotros a Buenaventura contigo?

—No. Yo podré encargarme solo de ese asunto. Sólo se trata de matar al tal González y destruir la radio… Y llevarme el fichero, claro. La CIA va a quedar completamente desarticulada en Colombia antes de cuarenta y ocho horas. Luego… procederemos al plan establecido.

—Magnífico. ¿Nos veremos en…?

—En la *base* para esta operación, desde luego. Pero antes tenéis que encargaros de Baby. Me gustaría hacerlo personalmente, pero no podrá ser. Lo siento.

—¿La esperamos en Bogotá?

—Ah… ¿Conseguisteis que el tipo del garaje os dijera dónde estaba el residente de Bogotá?

—Sí… Naturalmente. Se resistió cuanto pudo… Pero pudo poco.

—Lo vi. Buen trabajo. Pero no creo necesario que lleguéis a Bogotá. Seguramente, Baby tiene proyectado recurrir a cualquier teléfono para llamar directamente al residente de allá. Al no utilizar la radio, se considerará segura, pues cree que tenemos establecida la onda de la CIA con una emisora nuestra, muy potente. De un modo u otro, ella espantará al hombre de Bogotá, de modo que no os molisteis en llegar allá. Simplemente, esperad a Baby en la carretera y, sea como sea, matadla. Buscad un lugar adecuado. Luego, os vais a la *base* a esperar noticias mías. Y decid a todos que estén preparados, por si ocurriese algún imprevisto.

—De acuerdo. ¿Algo más?

—No. Ya nos veremos en Buenaventura… Ah, una cosa que no os pregunté en nuestro anterior contacto: ¿consiguieron los nuestros de Buenaventura seguir al herido y los otros?

—Imposible. Cuando tú pasaste el aviso después de recoger la radio de mano del indio «arawak», ellos ya se habían marchado. La casa estaba vacía cuando llegamos allí.

—Bien… No importa, puesto que ahora caerán todos. Incluso el hombre que nos trajo Igor Stravensko desde Panamá. También el trabajo de Stravensko fue bueno… Muy bueno.

—Todos hemos actuado bien en esta ocasión. Se escogió a los mejores de Sudamérica para esta operación, y nada podía fallar.

—Desde luego. En cuanto a Baby, no vayáis a fallar ahora, en lo más sencillo.

—Tranquilo: Baby es ya solamente un cadáver.

Capítulo VIII

James Morris contuvo una sonrisa de desprecio cuando la anciana de grises cabellos le abrió la puerta del número 227 de la Avenida Costera. Encorvada, casi sin fuerzas para alzar la cabeza, apoyándose en un bastón, tenía que ser forzosamente un buen camuflaje para el centro coordinador de la CIA en Colombia.

—Diga, señor —se interesó en español, con voz cascada.

—Quiero ver a Jorge Rodríguez. Dígale que es muy urgente.

—Sí, señor… ¿Quién le digo que lo visita?

—James Morris. Será suficiente. El americano canjeado, puede decirle.

—Sí, señor…

La vieja se apartó de la puerta, dejó pasar a Morris y se alejó hacia el fondo del vestíbulo, con pasos menudos, apoyándose en su bastón.

Morris quedó solo, mirando especulativamente a su alrededor. Tal como prometía por la fachada, la casa era hermosa, grande, instalada con buen gusto. Desde ambas ventanas del vestíbulo se veían las flores del pequeño jardín delantero. Y más allá, en un tono gris verdoso, el mar…

Oyó los pasos precipitados a su espalda y se volvió. Un hombre de mediana edad, robusto, de inteligentes ojos negros y cabellos grises apareció por la puerta del fondo del vestíbulo. La alarma brillaba sin disimulo posible en sus ojos.

—¿Me busca usted, señor? —inquirió nerviosamente.

—Si es usted Jorge González, sí.

—Soy Jorge González, señor… Para servirle. Magdalena me ha dicho que usted es… Bueno, ella debe haber entendido mal, señor.

—No ha entendido mal. Soy James Morris. Y vengo de parte de Baby. Espero que todo sea fácil de comprender, señor González.

El hombre desconfiaba todavía. Se veía claramente en sus ojos.

Morris hablaba perfectamente el español, desde luego, pero eso no significaba nada… Nada. Eso decían los ojos de González.

—Temo que no sé de qué me habla, señor Morris.

—Bien… Entonces pasaré directamente al asunto. Si cuando termine de hablar usted todavía no me ha comprendido, ya no será mía la responsabilidad.

—Le escucharé con gusto, señor.

—Han matado a José Romero y a Eusebio Artigas. Baby ha seguido hacia Bogotá, y me ha encargado que yo volviese hacia Buenaventura, a fin de advertirle a usted de lo que está ocurriendo. Ella cree que es conveniente para todo el grupo de la CIA en Colombia que usted transmita el aviso, la alarma a todos los agentes, y desaparezca de esta casa con la radio y el fichero general que está bajo su control. Está bien claro que los rusos, seguramente por mediación mía, han realizado una jugada inesperada, y están eliminando personal norteamericano. Por tanto, señor González, conviene desaparecer, a la espera del momento oportuno para reorganizar el grupo colombiano. Esto es todo… Y creo que he hablado con bastante claridad. De todos modos, si usted no me cree, sólo tiene que llamar a los hombres que Baby llamaba Simón Primero y Simón Segundo. Ellos podrán identificarme. También podría identificarme Travis, si estuviese en condiciones. Por cierto, ¿cómo sigue?

Jorge González ya no vaciló más.

—Está mejor… —musitó—. Esperamos poder enviarlo en helicóptero a Panamá mañana mismo, para que sea transportado a Estados Unidos en un avión especial. Pero no está en condiciones de identificar a nadie, señor Morris.

—Lo lamento. Bien… Usted tiene la palabra, señor González. Si está dispuesto a perder tiempo, dígamelo, para que yo escape de aquí rápidamente. Pero si está dispuesto a recoger lo necesario para escapar y evitar un posible contratiempo gravísimo para la CIA, yo puedo ayudarle.

—Le creo a usted, señor Morris. Y, desde luego, no pienso perder ni un segundo. Lo primero que haremos será recoger el contenido del fichero central de Colombia. Luego, llamaremos a… Simón Primero y Simón Segundo, para que ellos vengan a recoger a Travis. La radio tendremos que dejarla. Es pesada, y sólo serviría de

molestia. Será todo lo que los rusos podrán encontrar como botín.

—Poca cosa —sonrió Morris—. Bien, adelante. Cuanto antes lo hagamos, mejor.

—Por aquí…

Morris siguió a González por el pasillo que nacía en el vestíbulo. Pasaron por delante de varias puertas, y finalmente llegaron a un pequeño cuarto que estaba cerca de una puerta de cristales a través de los cuales se veía un pequeño jardín. Dentro de aquel cuarto había muchas vitrinas, que contenían pájaros disecados, todos ellos tétricamente colocados sobre su correspondiente ramita, queriendo producir la impresión de que estaban vivos. Era muy triste aquello.

González cogió uno de los pájaros disecados, y utilizó su pico para introducirlo en un agujero de la pared. Apretó, y en seguida un rectángulo de pared se abrió, hacia fuera. Morris vio la emisora en el acto.

—¿Y el archivo? —preguntó.

—Está aquí mismo —González metió la mano, tanteando hacia la izquierda; la sacó con una carpeta gris, bastante abultada, y se volvió—. En esta carpeta…

Se calló bruscamente, sorprendido. Sorprendido por el hecho de que James Morris le estaba apuntando con su pistola provista de silenciador. Sorprendido también por la cruel sonrisa irónica que había en los labios del hombre que él creía James Morris.

—Camine hacia el otro rincón, señor González.

—¿Qué… qué significa esto…?

—Es muy fácil de entender, también. Quiero ese fichero, señor González.

—Bien… Pero no tiene que amenazarme. Le aseguro que soy fiel a la CIA, señor Morris.

—Usted, sí —rió Morris—. Pero no es mi caso. Deje la carpeta sobre esa mesita donde usted se dedica a jugar con pajaritos muertos. Luego, póngase en el rincón, de cara a las paredes. Y las manos bien altas.

—Usted es…

La vieja apareció en el cuarto disecador, renqueando.

—Jorge, dime si para el almuerzo…

También calló bruscamente al ver la pistola en la mano de Morris. Se quedó mirándola atónita, a través de los gruesos cristales

de sus lentes.

—Cierre la boca, bruja —sonrió Morris—. Y estese quieta si no quiere recibir un balazo… antes de hora. Vamos, vamos, siéntese ahí mismo. Y no quiero ni oírla respirar, ¿comprende?

La vieja parpadeó. Luego, sin abrir la boca, se sentó en la banqueta que señalaba Morris, y quedó inmóvil. Parecía un extraño pájaro negro y lúgubre, casi como si estuviera también disecada.

Sin perderlos de vista, Morris se desplazó hasta donde Jorge González había dejado la carpeta. La abrió y dirigió un vistazo al primero de los papeles. Miró de reojo a González, y lo vio inmóvil, con las manos en alto y cara al ángulo formado por las dos paredes. Más confiado, Morris dedicó cada vez más atención a los papeles. Una sonrisa fue apareciendo en sus labios, mientras su cabeza se movía aprobativamente. Por fin, cerró la carpeta, dejó la pistola sobre la mesa, y la cerró. Luego, recuperó la pistola y dedicó toda su atención a Jorge González.

—Magnífica red, señor González… Puede volverse ya., si lo desea.

González obedeció. Estaba pálido de miedo, era evidente.

—Señor Morris —musitó—: perdone si no entiendo su… su comportamiento… ¿Puedo bajar las manos?

—No. En cuanto a mi comportamiento, señor González, es muy lógico, facilísimo de entender. Mi verdadero nombre es Georgi Kovarin. Soy ruso, desde luego. ¿Comprende ahora?

Jorge González no comprendía. Se limitaba a tener miedo, lo cual era suficiente para él. Y su incomprensión fastidió bastante al espía ruso llamado Kovarin.

—Parece que su inteligencia no es muy clara, señor González.

—Lo siento… Estoy confundido… ¿Ha matado usted a Baby y al verdadero James Morris?

—Usted no entiende nada de nada —sonrió el ruso—. Le diré lo que ocurrió, porque tenemos tiempo de sobra. En primer lugar, James Morris jamás fue canjeado El sigue en poder de mis compañeros, cerca de aquí. En segundo lugar, no he sido yo quien ha matado a Baby, pero sí la he puesto en manos de dos compañeros míos… Desde luego, a estas horas el cadáver de Baby ya empieza a oler mal, se está pudriendo quizá dentro de un coche, quizá en el borde de la carretera a Bogotá… ¡Cualquiera sabe!

—Sí… Sí, entiendo…

—¡No entiende usted nada! —exclamó Kovarin, divertido—. No puede entenderlo. Atienda: cuando Travis llegó con Igor Stravensko, tres compañeros míos estaban esperando en el aeropuerto; sabíamos que tenían que llegar por allí. Simularon que querían libertar a Stravensko, pero lo único que les interesaba era el portafolios de Travis. Uno de mis compañeros consiguió apoderarse de él. Luego, fue herido, y tuvo que esconderse en plena noche, acorralado por Baby. Y en esos pocos minutos hizo lo que verdaderamente tenía que hacer: cambió en el portafolios de Travis las fotografías del verdadero James Morris por las mías. Hecho esto, se dedicó exclusivamente a huir. Su misión estaba cumplida. Tenía que herir gravemente a Travis, escapar con el portafolios, cambiar las fotografías de James Morris por las mías y huir… Lo hizo. Con dos balas en el cuerpo, pero lo hizo, a pesar de la buena puntería de Baby.

—¿Quiere… quiere usted decir que el intento de rescatar a Igor Stravensko en el aeropuerto fue… fingido? —tartamudeó González.

—Exactamente. Fue sólo un intento, destinado a tener posibilidad de cambiar las fotografías, para que los americanos estuviesen tranquilos en el momento del canje. Travis, malherido, no podía identificar al verdadero James Morris. Pero servirían las fotografías que el propio Travis había traído desde Panamá en su portafolios. Y como esas fotografías fueron cambiadas, cuando se efectuó el canje, tanto Baby como sus amigos no tuvieron la menor duda de que yo era James Morris, ya que las fotografías que había en el portafolios de Travis eran las mías. En cuanto a Stravensko, él sabía muy bien cuál era su papel: dejarse atrapar en Panamá, para ser luego canjeado. Aun a riesgo de recibir un balazo mortal durante la simulada fuga, Stravensko lo hizo todo muy bien, cumplió su cometido perfectamente. Él es ruso, señor González, y los rusos no tememos nada jamás. Hacemos lo que hay que hacer. Todos hemos cumplido la parte que nos fue asignada del plan general. Todo, de principio a fin, ha sido meticulosamente preparado por la MVD Y todo ha salido como era de esperar.

—Pero no comprendo lo que usted pretende… ¿Por qué todo esto? ¿Para matar a unos cuantos norteamericanos?

—No, no… Un enemigo más o menos no tiene importancia. Lo

que yo quería, señor González, es esto: la carpeta con el fichero que controla todos los hombres que trabajan para la CIA en Colombia. Lo mismo me da que sean del país que norteamericanos.

—Pero… ¿por qué? ¿Para qué? ¿Qué importancia especial puede tener Colombia, señor… Kovarin?

—Ah, eso es alto secreto, señor González —rió Kovarin—. Y no le beneficiaría en nada saberlo. Bien… Espero que usted se haga cargo de que ahora me veo obligado a matarlo…

—No… Por Dios, no… Escuche, señor Kovarin, yo… yo no tengo nada que ver con estas cosas… Es cierto que trabajo para la CIA, pero… pero igual podría haber trabajado para ustedes… Lo hago por dinero… No hay nada personal en ello, se lo juro… La CIA me paga espléndidamente, y yo les presto un servicio. Sin convicción, sin motivos personales, créame…

—¿Me está pidiendo que no le mate, señor González?

—Yo… Yo… ¿Qué… qué ganaría usted con ello?

—Interesante pregunta. Es evidente que usted podría identificarme en un momento dado, ¿no?

—No… ¡Se lo juro! Quédese con todo, pero…

—No insista. Me está usted poniendo nervioso con su asquerosa cobardía. Lo único que puedo concederle es volverse de espaldas, y meterle la bala en la nuca. O en el corazón. Elija usted, señor González… Y usted, bruja, póngase junto a él… ¡Vamos, muévase!

—¿Tam-tam-también… la… la va a… a matar? —tartamudeó de nuevo González.

—Es vieja y repugnante. ¿Qué hace ya en la vida? Vaya junto a él, bruja.

La vieja se puso en pie, apoyándose pesadamente en su bastón. Comenzó a caminar hacia donde estaba González, al cual no perdía de vista Kovarin. Prestaba tanta atención a Jorge González que la vieja no tuvo la menor dificultad… De pronto, alzó su bastón, y lo dejó caer, con una fuerza terrorífica, en la muñeca derecha de Kovarin, que lanzó un aullido, casi cayó de rodillas por la fuerza del impacto, y por la debilidad que el tremendo golpe le ocasionó en todo el cuerpo. Y mientras caía, miraba completamente espantado a la vieja, que se acercaba a él…

Kovarin saltó en busca de su pistola…, pero el pie derecho de la anciana se interpuso en su camino de modo durísimo, feroz,

terrible: el punterazo acertó a Kovarin en plena boca, partiéndole los labios y tirándolo de lado contra una de las vitrinas, dentro de la cual los pajarillos disecados se estremecieron, y cayeron de lado en su mayor parte. Kovarin rebotó, quedó de rodillas, quiso ponerse en pie…, y entonces se oyó un chasquido, y un estilete de brillante acero apareció por la punta del bastón, con una longitud de diez pulgadas cumplidas. La finísima punta se apoyó en la garganta de Georgi Kovarin, hundiéndose casi una décima de pulgada, haciendo brotar en el acto un fino hililllo de sangre.

Atónito, palidísimo el desencajado rostro, el ruso se quedó mirando a la anciana, que lo miraba malignamente, con una diabólica sonrisa en sus ojos, pequeñísimos detrás de los gruesos cristales para miopía muy adelantada. Más que la diabólica y desconcertante sonrisa de la vieja bruja, fueron aquellos diminutos ojos los que enviaron un estremecedor mensaje de muerte a la mente de Georgi Kovarin, que tuvo la sensación de que su sangre se helaba, se congelaba a toda prisa…

—Adelante, señor Morris —susurró la anciana, con voz chirriante—. Sigamos peleando… ¿Quiere?

Los ojos de Kovarin se ladearon vivamente, hacia Jorge González, que se había apresurado a recoger del suelo la pistola del ruso. Era fácil comprender que todo estaba perdido. Lentamente, temiendo que la punta del estilete surgido del bastón se clavase más en su garganta, Kovarin tragó saliva y permaneció inmóvil, fijando de nuevo sus ojos en aquellos otros, diabólicos, congelados…

—Póngase en pie. Despacio… Despacio… Muy despacio… Así, señor Morris… ¡Oh, admiro su dominio, de veras! Eso es… Así… Y ahora estese quieto… Muy quieto… Como si fuese usted una estatua. O, mejor aún, un cadáver. En realidad, señor Morris, usted sabe ya lo cerca que está de convertirse en un cadáver, ¿no es cierto? Pero no se preocupe demasiado… No será el único muerto en este asunto… Además, usted es ruso, ¿recuerda?, y los rusos, señor Kovarin, no temen a nada. Ni a nadie… Ni siquiera a Baby.

La anciana se retiró unos pasos, apartando la punta de acero de la garganta de Kovarin, que suspiró profundamente. Con expresión cada vez más desorbitada, asistió a la metamorfosis de la diabólica vieja. Primero, ella se quitó la peluca y los lentes. Luego, las microlentillas de contacto; después, la pasta blanda que hasta

entonces había parecido carne de su rostro, de su aguileña nariz… Luego, las negras y deslucidas ropas largas… En tres minutos, la vieja bruja quedó convertida en una jovencita de grandes ojos azules, vestida con un gracioso jersey de hilo muy escotado, de color guinda, y unos *shorts* blancos con rayitas rojas, muy finas. Sensacional. Absolutamente sensacional… De una vieja bruja surgía la más bella, astuta, implacable, peligrosa y asesina espía del mundo.

—*Voilá* —sonrió ella, doblando una rodillita—. Por obra y gracia de mi habilidad, he aquí que la vieja Magdalena no es otra que la dulce Baby. ¿Cómo estás, amor?

Capítulo IX

Georgi Kovarin no se sentía con fuerzas para contestar. Pero por si aquella sorpresa no era suficiente, aún le esperaba otra: Simón I y Simón II aparecieron en el cuarto, cada uno de ellos con una pistola en la mano, empuñada con una firmeza total. En cuanto a sus miradas, si como suele decirse las miradas matasen, Kovarin habría caído muerto en aquel mismo instante.

—Atadlo bien —sonrió Baby—. Es un chico inquieto.

Simón I se acercó a Kovarin, tras tomar de un montón de cordeles uno muy largo y resistente. Se guardó la pistola y acercó sus manos a Kovarin, significativamente. Pero antes de que éste adelantase las suyas, la furia se desató en Simón I. Inesperadamente, aplicó un tremendo puñetazo, en corto, en pleno estómago de Kovarin, que se encogió, palideció y cayó de rodillas. Acto seguido, la rodilla derecha de Simón se clavó de nuevo en su boca, destrozando aún más sus partidos labios…

—¡Basta, Simón! De lo contrario, el pobrecito no podría hablar. Átelo bien.

Bien a disgusto, Simón dejó de golpear a Kovarin, procediendo en cambio a atarlo duramente, cruelmente. Los cordones eran finos pero fortísimos, y el agente de la CIA dio muchas vueltas con ellos sobre las muñecas del ruso.

Mientras tanto, Brigitte había hecho una seña a Simón II, que había salido del cuarto. Regresó cuando ya su compañero había maniatado a Kovarin. Baby estaba fumando, lentamente, mirando con maligna expresión al soviético, mostrando una sonrisa que sólo podía corresponder a una víbora…, en el supuesto de que las víboras puedan sonreír.

—Bien, mi querido James… Como ves, Baby no es una chica tonta de poca categoría. Esto quiere decir que las veces…, las muchísimas veces que he vencido a la MVD, no ha sido por

casualidad, ni porque los agentes rusos fueran de segunda categoría. Todos ellos eran, por lo menos, tan buenos como tú. Bueno, casi todos… Me refiero ahora a los dos desdichados que quisieron matarme en la carretera… ¡Qué par de pingüinos torpes…! ¿Quieres que te diga cómo lo hicieron? En parte, la culpa es tuya, por convencerlos de que yo era tonta de arriba abajo. Imagínate: me pararon con el viejo juego de la avería en el motor. Claro que yo detuve mi coche, y vi acercarse a uno de ellos sonriendo angelicalmente. Él también sonreía. Parecía un simpático muchacho dispuesto a pedir un favor a una linda jovencita.

Abrió la boca, dispuesto a pedirme cualquier cosa… Entonces, yo saqué mi pistola, y le metí dos balas en la boca. El otro, que simulaba examinar el motor, dio un salto de cómico espanto, me miró con ojos aterrados, llevó la mano a su pistola… Plop… Plop… En un segundo, le metí dos balas en el corazón… Mi puntería es algo innato, James querido. Una vez, durante los entrenamientos periódicos de la CIA en Langley, gané mil doscientos dólares a algunos compañeros que habían apostado a que yo no era capaz de acertar una pulga a una milla mientras saltaba de un perro a otro… Perdieron la apuesta, claro.

Simón I, Simón II y Jorge González sonrieron duramente, fijas sus sombrías miradas en el ruso.

Brigitte miró la brasa de su cigarrillo como si allí estuviese el secreto de la vida.

—Después de matarlos —continuó indiferente—, telefoneé al residente de Bogotá, y le dije que pasase a recogerme en Manizales con la avioneta que tenía preparada para enviarnos a Estados Unidos. Así lo hizo, y en poco más de dos horas desde que nos separamos tú y yo, me encontré de nuevo en Buenaventura, preparándolo todo para recibirte dignamente. Lo merecías. Y digo lo merecías porque, sinceramente, tu trabajo me ha entusiasmado. De veras. Yo admiro las cosas bien hechas, las haga quien las haga. Un profesional está obligado a la perfección… Y tú eres… casi perfecto. Casi, solamente. Si fueses perfecto, habrías sabido que yo desconfiaba de ti, y que coloqué un pequeño micrófono magnético en mi coche antes de cambiártelo por el tuyo. De este modo, cuando llamaste al tal Bonoff, yo, que apenas entrar en Santa Rosa de Cabal me detuve, a fin de no alejarme del radio de acción del micrófono,

pude oír y grabar todo lo que hablaste con tu amigo Bonoff… ¿Simón?

Sonriendo pérfidamente, Simón II colocó sobre la mesita un pequeño aparato, y apretó un diminuto botón azul. En el acto, del pequeño aparato brotó la voz de Georgi Kovarin:

«—Al habla Kovarin… ¿Podéis oírme todavía, supongo?

»—Adelante, Georgi Kovarin. Te oímos bastante bien.

»—¿Dónde estáis ahora exactamente?

»—Acabamos de dejar atrás Manizales.

»—Bien… ¿Habéis tenido algún contratiempo?

»—No, no… Los dos estamos b…».

—Cierre eso, Simón —sonrió Brigitte—. Es suficiente para convencer a nuestro colega soviético. ¿No es así, camarada Kovarin?

Éste no contestó. Su expresión no podía ser más sombría, lo cual consiguió una nueva sonrisa de los dulces labios de Baby. Dulces los labios, inevitablemente, pero congelada la azul mirada celestial.

—Te diré ahora por qué desconfié de ti, Georgi querido. Fue por el jarrón de los indios «arawak», en parte. Cuando lo saqué de tu coche para entregártelo, noté que pesaba bastante más que el mío. ¿Por qué? Fácil respuesta: dentro del jarrón había una radio. Naturalmente, estabas obligado a disponer de una, ya que no podías utilizar la que te comunicaba conmigo, so pena de que a mí se me ocurriese llamarte en el momento en que estuvieses conversando con Bonoff y con… ¿Cómo se llamaba el otro, querido?

—Govenko.

—Ah, Govenko. Pues lo que decíamos… Pero vayamos a lo que me hizo sospechar de ti mientras escapábamos de Pereira. A José Romero no lo habían torturado… ¿Por qué? Porque fuiste tú quien llegó primero, le dijiste que había una pequeña dificultad, le pediste la dirección del residente de Pereira, y le rompiste el cuello. Todo muy rápidamente. Luego, camino de Pereira, llamaste a tus compañeros, y les dijiste dónde podían encontrar al residente de Pereira, Eusebio Artigas. Tus compañeros se nos adelantaron, torturaron a Artigas, y lo mataron… Tenían que torturarlo, ya que tú les dijiste que no esperabas poder hacer lo mismo que con Romero, y por tanto no podrías facilitarles la dirección del residente de Bogotá. No había otra explicación… Al menos, yo no la

encontraba. Estuve pensando, pensando… La única fisura, la única grieta que yo veía en el grupo, sólo podías ser tú, el recién incorporado, el canjeado; en definitiva, el extraño en el grupo. Ni Simón ni Simón podían ser los traidores, porque para esto no necesitaban ningún canje. Todavía podía ser menos traidor Travis, malherido y ajeno al grupo de Colombia, ya que él opera en Panamá. Ni qué decir tiene, que yo tampoco podía ser, claro… En cuanto al doctor que atendió a Travis, tampoco, pues al igual que Simón y Simón, él no tenía que esperar un canje para cometer traición. La única fisura, pues, eras tú. Desconcertante, pero evidente. Y pensando, pensando, repasé todo lo ocurrido… Cuando tus compañeros simularon querer rescatar a Stravensko a la salida del aeropuerto, lo hicieron francamente mal. Pero habían herido al único hombre que podía identificar realmente a James Morris, y se habían llevado el portafolios…, que luego abandonaron. Curioso… Y así, poquito a poco, la tontísima Baby fue sacando conclusiones. Sin embargo, la verdad que yo intuía era tan sorprendente, que me resistía a creerla. Por eso, recurrí al inocente truco de dejarte un micrófono en el coche, a fin de poder estar pendiente de ti. Y no tuve que esperar mucho, no… Apenas entré en Santa Rosa de Cabal, tú llamaste a tus amigos, yo lo oí todo, y pude… convencerlos de que no era tan fácil acabar con Baby. Ya te dije que era un huesecito mucho más duro de roer de lo que parecía. Digo, pues, que maté a Bonoff y Govenko, llamé por teléfono al residente de Bogotá, él pasó a buscarme con la avioneta a Manizales, llegamos aquí hacia las ocho… Tuve tiempo de disfrazarme de viejecita desagradable, incluso. Y ahora, ya en claro las cosas, pasemos a la fase final. ¿Qué estáis tramando, Kovarin?

Georgi Kovarin miró burlonamente a Baby, y apretó los ensangrentados labios.

—Entiendo. No quieres hablar… De modo que lo único que los de la CIA podemos saber por ahora es que queríais inutilizar a todos los agentes que tenemos en Colombia. Es decir, que estáis preparando algo grande en este país… Tan grande, que antes era necesario eliminar a todos los hombres de la CIA De ahí tu interés por el fichero central. Y yo insisto, Kovarin: ¿por qué era necesario eliminar antes a la CIA en Colombia?

—Estás perdiendo el tiempo —sonrió fríamente Kovarin.

—Sí… Eso me temo. Pero algo sé seguro, Kovarin: mientras la CIA siga bien distribuida en Colombia, vosotros no intentaréis nada. Eso está demostrado. Por tanto, ya que la CIA, desde luego, no será eliminada de Colombia, la MVD tendrá que volver grupas y abandonar el proyecto. ¿Correcto?

Sonrió al comprobar la expresión sombría de Kovarin. Efectivamente, la supervivencia de la CIA en Colombia echaba por tierra todos los planes de la MVD, fuesen cuales fuesen éstos.

—¿Lo liquido? —propuso hoscamente Simón I—. Al fin y al cabo, no lo necesitamos para nada. Importa poco lo que él pueda decirnos, Baby, ya que sabemos que hemos estropeado todo el plan de la MVD.

—Esto último es cierto, Simón. Pero no es cierto que no necesitamos para nada el amigo Kovarin. ¿Han olvidado ustedes que los rusos tienen todavía al auténtico James Morris? Yo vine aquí a hacer un canje… Y nadie va a impedir que lo haga. Nadie. De manera que nos dedicaremos a ello. Y esta vez —la azul mirada se clavó gélidamente en Georgi Kovarin—, no habrá trucos, Kovarin, o…

Se le acercó a él y le pasó un dedito por la garganta. No podía estar más claro.

—Ahí lo tenemos otra vez —musitó Simón, con los prismáticos ante los ojos.

Brigitte asintió con la cabeza y tendió la mano hacia Simón II, que le entregó la *Polaroid*, con teleobjetivo incorporado. Ya con la máquina fotográfica en las manos, Brigitte miró a Kovarin, que estaba sentado junto a ella, con las manos a la espalda.

—En pie, Kovarin. Que lo vean sus amigos.

El ruso se puso en pie. Desde el otro pesquero, el hombre de los prismáticos lo vio, y, como días atrás, dijo algo a sus compañeros. Pocos segundos después, dos hombres más aparecían junto a la borda. Uno de ellos era rubio, delgado, de rostro macilento y mirada extraviada; llevaba barba de una semana, por lo menos. Brigitte apuntó hacia él con la formidable cámara *Polaroid*, enfocándolo de lleno con el teleobjetivo. Conseguido esto, apretó el disparador. Luego, sin decir palabra, bajó al interior del pesquero, donde Travis, pálido, demacrado pero con los ojos muy abiertos,

esperaba impaciente. Ante él, Brigitte arrancó la fotografía instantánea, y, además, en colores, que podía ofrecer la fabulosa *Polaroid*. La colocó ante los ojos de Travis, paralela al suelo, ya que el herido estaba en una litera.

—Usted vio las auténticas fotografías de James Morris, Travis. Si éste es él, cierre el ojo derecho. Si no es él, cierre el izquierdo. Ese es todo el esfuerzo que le pido.

—Es… es él… —pudo musitar Travis.

—Gracias. Y ahora descanse, compañero. Dentro de cinco minutos nuestro James Morris, el auténtico, se reunirá con usted. Todo va a terminar bien.

Dejó la máquina fotográfica y, al pasar, recogió los dos jarrones producto de los indios «arawak». Bella cerámica, pero altamente peligrosa, según había quedado demostrado.

Subió a cubierta y movió la cabeza afirmativamente.

—Esta vez es él —dijo—. Soltadle las manos.

Refunfuñando, Simón II cortó los cordones que sujetaban las muñecas del ruso. Éste se las frotó, sonriendo sádicamente, fijos sus oscuros ojos en los azules de Brigitte.

—Supongo que esto es una despedida, Baby —se burló.

—No del todo, Kovarin. Tú volverás a tener noticias mías. Te lo promete la agente Baby.

—¿También a mí me amenazas con venir a buscarme a Rusia?

—Kovarin: todos los que habéis intervenido en esto estáis condenados a muerte. Es promesa formal de Baby.

—¿Sí? Bien… Todos están en el pesquero ahora… Y dentro de poco yo también estaré allí. ¿Acaso piensas entablar una batalla naval cuando ya tengáis a Morris? Solamente sois tres. En cambio, nosotros seremos nueve. Y tenemos armas convenientes para haceros frente. Incluso me gustaría que nos atacaseis.

—Yo sé esperar. Siempre he sabido esperar mi momento, Kovarin. Y ese momento llegará.

—Bien… Estaré esperándote. Mientras tanto, debo decirte que me llevo un grato recuerdo de ti… ¡Ah, aquel amanecer en la playa! Supongo que nadie me creerá cuando diga que Baby fue… complaciente conmigo… Sí… Me llevo un grato recuerdo tuyo, Baby.

Sonreía con sarcasmo, sabiendo que estaba clavando una lanza

en los sentimientos de la espía. El hombre al que ella había querido ayudar, el hombre al que había consolado un amanecer en la playa… era un enemigo. Inevitablemente, Baby debía notar en su interior cómo el odio, la furia, el despecho, hervían furiosamente.

Pero sus palabras fueron frías, indiferentes:

—Celebro que guardes tan buen recuerdo de mí, Georgi Kovarin. En cambio, yo no quiero nada tuyo… Llévate tus románticos jarrones —se los colocó bruscamente en las manos, de golpe—. Y si has de poner flores en ellos, que sean flores de muertos… No vivirás mucho.

—También guardaré los jarrones como recuerdo bellísimo de tu amor —rió cínicamente el ruso—. *Dosvidaña*.

Subió a la borda, pues la pequeña barca del pesquero de los rusos ya se acercaba al *Galápago*. Se descolgó ágilmente hasta el agua, y comenzó a nadar, llevando los dos jarrones en una sola mano, sujetándolos con los dedos metidos por las bocas. Poco después, el ruso llegaba a la barca, y James Morris, ahora el auténtico, saltaba al agua… Llegó en menos de un minuto, y fue ayudado a subir. Como días atrás hiciera el magnífico y bien entrenado espía Georgi Kovarin, se quedó mirando a sus compañeros, especialmente a Brigitte, que le sonreía dulcemente. Pero nadie dijo nada en aquella ocasión. Los sentimientos estaban demasiado a flor de piel, demasiado visibles.

Los cuatro estuvieron mirando hasta que Kovarin llegó al pesquero. Lo vieron subir, y luego, desde la borda, el ruso agitó los brazos hacia ellos, mostrando un jarrón en cada mano. Simón, que había recurrido a los prismáticos, soltó una feísima maldición, antes de mascullar:

—Se está riendo de nosotros.

—Sin duda está celebrando su gran jugada. Penga en marcha el pesquero. Y usted, Simón, vaya a comunicarme con los rusos.

—¿Con los rusos? ¿Con los del pesquero?

—Sí. Hágalo. Pida que se ponga Kovarin, de parte de Baby, de la CIA.

Simón pareció a punto de decir algo, pero acabó encogiendo los hombros. Fue el primero en bajar. Luego, mientras su compañero se ponía en los mandos del *Galápago*, Brigitte tomó de un brazo a James Morris, sonriendo.

—Vamos abajo, Simón —sonrió—. Apuesto a que está deseando perder de vista a esos hombres.

James Morris sonrió crispadamente mientras un ramalazo de miedo pasaba por sus ojos. Bajaron cuando Simón se disponía a ponerse en pie para ir en busca de Baby.

—Kovarin en la radio —dijo—. Todavía está riendo. Dice que nos han matado dos hombres, herido a otro, y que…

—Olvide lo que él diga, Simón —Brigitte se puso a la radio, sonriendo heladamente—. ¿Kovarin?

—¡Hola, Baby! ¿Olvidaste decirme algo? —se burló el ruso.

—Pues… sí. Así es, en efecto. ¿Tienes contigo los dos jarrones?

—¡Desde luego!

—Magnífico. El tuyo, el que contenía la radio, pesaba más que el que me regalaste, ¿recuerdas?

—Claro…

—¿Y no te has dado cuenta de que ahora los dos pesan igual?

—¿Igual? ¿Qué quieres decir…? No comprendo…

—Quiero decir, mi amor, que no eres el único en saber colocar cosas en el fondo de un jarrón. Como te dije, estás teniendo de nuevo noticias mías. Las últimas. Y ahora, como siempre, Baby cumple su palabra: muerte. Y espero que admitas que ésta sí es, realmente, una gran jugada. *Dosvidaña*…

Mientras hablaba, Brigitte había sacado un pequeño aparato metálico de su maletín, que tenía dos botones, uno blanco y uno rojo. Apretó el rojo cuando terminó de hablar, diciendo «adiós» en ruso… Al instante, una formidable explosión estremeció el *Galápago*, golpeó con fuerza en los tímpanos de los norteamericanos… Simón lanzó una exclamación, corrió a mirar por uno de los circulares ventanales, y luego se lanzó corriendo escaleras arriba. James Morris hizo lo mismo, y Brigitte se acercó sonriente a Travis, que había abierto mucho los ojos y parecía asustado.

—¿Está bien, Travis?

—¿Qué… qué ha sido… eso? —gimió el herido.

—El cumplimiento de una promesa. No se preocupe. Todo va bien.

Le dio una cariñosa palmadita en una mejilla, y subió también a cubierta. Cuando llegó allí, Simón I, Simón II y James Morris

contemplaban todavía atónitos, impresionados profundamente, el remolino que se formaba donde poco antes había habido un pesquero. Aún se veía parte del casco, ardiendo, lanzando negras llamaradas, y del cielo caían todavía pequeñas astillas… El destrozo había sido total, absoluto, completo. Fin.

—Por todos los demonios… —jadeó Simón I—. Algo debe haber funcionado mal en ese pesquero… ¿Qué es lo que tiene usted en la mano, Baby?

—Un pequeño detonador a distancia. Por ejemplo: se coloca una carga dentro de un jarrón, con cierto diminuto mecanismo de transistores, y cuando se quiere que la carga estalle, sólo hay que apretar el botoncito rojo, que ocasiona una onda de radio, y… ¡Pum!

—Santo Dios —jadeó Simón.

Baby sonrió angelicalmente.

—¿De qué se asusta, Simón? Ellos hicieron una gran jugada, ¿no es cierto? Pues bien: yo me he permitido hacer… una pequeña jugada. Eso es todo. ¿Volvemos a tierra firme?

Este es el final

Miky Grogan enrojeció bruscamente, de pura furia, cuando la divina espía apareció en su despacho, tan campante y tranquila como si hiciera apenas diez minutos que se habían visto.

—Buenos días, jefe.

—¡Está despedida! —aulló Grogan.

—Ah, muy bien… Ordene que preparen mi nómina, la firmaré, y me iré a trabajar al *Daily Mi…*

—¡Usted se queda aquí!

La dulce jovencita de espléndidos ojos azules alzó las cejas, sorprendida.

—¿Me voy o me quedo? —se interesó, intrigada.

—¡Se queda!

—Cálmese, Miky… Esos sofocones no van nada bien para su exigua salud.

—¡Mi salud es excelente! ¡Pero usted acabará con ella, en todos los sentidos! Por todos los demonios del infierno: la envío a Miami, donde hay una interesante noticia internacional, y luego me entero que usted ha desaparecido, y ahora una semana más tarde, se presenta aquí tan tranquila, con un cinismo formidable… ¿Qué es eso?

Brigitte desenvolvió el paquete que había estado llamando la atención de Grogan. Por fin, ante la mesa, quedó un bonito jarrón.

—Un jarrón —dijo la espía.

—¿De veras? —masculló Grogan—. ¿Y qué?

—Es un bonito jarrón, jefe. Está hecho por los indios «arawak», de Colombia. Preciosa cerámica la de esos indios, que abundan principalmente en el departamento de Chocó. Se cuenta de ellos…

—¡Me importa un rábano lo que se cuente de esos indios que el diablo se lleve! ¡Reportajes! ¿Tiene usted reportajes? ¿Sabe algo de lo que finalmente pasó en Miami?

—Pues no… No, lo admito. Pero es cosa rutinaria, querido jefe. No digna de nuestro egregio periódico. ¿Le gusta el jarrón?

—¡No! ¡Usted y el jarrón lárguense de aquí! ¡Fuera! ¡Al menos, no tenga el cinismo de venir a pitorrearse de mí!

—¿De verdad no quiere el jarrón?

—¡No!

—Lástima…

Brigitte sacó del bolsito aquel objeto metálico que tenía un botoncito blanco y rojo, y apretó el rojo. El jarrón estalló bajo el poder de la diminuta carga, y Grogan respingó, se atragantó, cayó sentado en su sillón, congestionado y pálido a la vez. Iba a hablar, pero vio el papelito que quedaba sobre los restos del jarrón. Se quedó mirándolo, atónito.

—¿Qué… qué es eso?

—Léalo.

Así lo hizo Grogan. Decía:

> *«Vale por un formidable artículo de espionaje que Baby escribirá muy pronto para el "Morning News", utilizando como en casos anteriores un nombre supuesto. También, y si el gruñón de míster Grogan se porta simpáticamente, vale por una cena en compañía de la deliciosa e incomparable señorita Montfort.*
>
> *Firmado: Baby».*

—Ca… ca… caramba —sonrió torcidamente Grogan—. Una cena, ¿eh?

—Esa era mi intención, pero me parece que a usted no le parece buena la idea.

—¡Me parece excelente!

—Pues no se ve, querido. Al menos, yo no veo su sonrisa por ninguna parte.

—Aquí —señaló Grogan su boca—. ¡Estoy sonriendo! ¡Le juro que estoy sonriendo, Brigitte!

—¿De veras? Es asombroso. Yo sólo veo unos dientes amarillentos y una mueca desagradable… Pero, en fin, que no se diga que fallo a mis promesas. De acuerdo, jefe: cenaremos juntos. Comprendo que después de dejarle sin saber lo que ocurrió en

Miami, no cenar con usted sería, ahora, una fea jugada… Una gran jugada. ¿Adónde piensa llevarme a lucir mi belleza?

—¡Al cielo!

—Todavía no —sonrió la espía superdivina—. Para ir allá prefiero esperar un poco más, y ganármelo. Aunque me pregunto si lo que nos ganamos los espías es el cielo o es el infierno… ¿Usted qué opina, querido jefe…?

FIN

Notas

[1] Se recuerda que *Baby* en inglés significa nena, nenita, bebé… <<

[2] Véase *Los espías no existen*, otra aventura de la divina espía, publicada en esta colección. < <